

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://editores.sub.cc/>

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina, y posteriores,
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

INFO ABOUT RIGHTS
1 8204141473351
www.ediciones-turas.org.ar



Ediciones Turas Mór

DAKOTA 010



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial	3
<i>En la noche de Beltene</i> (JOSÉ L. CARRASCO)	5
<i>Sin red</i> (GISELLE ARONSON)	15
<i>Planeta apto</i> (JUAN M. VALITUTTI)	17
<i>El renegado</i> (NANIM REKACZ)	21
<i>Nunca es el final</i> (CARLOS MORALES)	25
<i>Todos iguales</i> (FABIO FERRERAS)	27
<i>En el mar de las ánimas</i> (LUCIANO S. DOTI)	33
<i>La fiesta</i> (CARLOS RANGEL SANTOS)	40
<i>Jonrón</i> (FEDERICO SCHAFFLER)	42
<i>En el mar Tirreno</i> (ALBERTO TRIANA)	45
<i>Taxidermia</i> (CRISTINA E. CHIESA)	50
<i>El In-forme de Lázaro</i> (GONZALO SANTOS)	52

NM

www.revistanm.com.ar

directornm@revistanm.com.ar / revistanm@gmail.com

http://sites.google.com/site/revistanm / www.facebook.com/RevistaNM

Dirección y grafismo:

SANTIAGO OVIEDO

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Revista de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honorem y los autores conservan
la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**.

Safe Creative ID: 1204141473351

Se agradece por haber tomado parte en este número a: PATRICIA CORO,
MILAN BANJANIN y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: "Portador de vida"
(DAKOTA —www.artedakota.blogspot.com—)

José ha suspirado hondamente, como un hombre agotado, y ahora me ha dado una palmada en la que creo percibir algo de lástima, que yo no necesito.

—Está bien, Lázaro. —Es lo que está diciendo—. Después lo hablamos. Ahora prepará las cosas, que en dos horas nos vamos.

—Tengo todo listo, creo. Sólo necesito un rato para... terminar el informe. Darle un cierre, ¿entendés?

—Informe... Vos y tus informes... Espero que puedas salir de ésta, mi amigo.

Pero es informe, José: in-forme, quizá del latín informis, de forma vaga e indeterminada, como la locura y el otro, la otredad como una locura, esa palabra que se dirige siempre a los demás, que nadie asume, también en el sentido de que la locura es el otro, cuando uno se transforma en un otro para los demás, pero sobre todo para sí mismo, porque es ahí cuando se produce el quiebre en la

verde espesura de la conciencia, el imperceptible desdoblamiento, la rotura de ligamentos espirituales, que debe ser horrible y ojalá nunca (del latín, nunquam) me pase, como anuncian, eso anuncian, mis compañeros de trabajo, mi madre, Martín, el verdulero, a quienes tal vez no vea más, porque la bolilla del ojo de José estaba más grande que de costumbre y sólo estuvo así, lo recuerdo, eso recuerdo, cuando enterraron a su madre, cuando embarrotaron a Luis, su mejor amigo, por mostrarle el culo, del latín culus —según el diccionario, conjunto de dos nalgas—, a la gente por la calle. Yo no recuerdo nada, y lo que puedan decir ésos —digo, los demás— es puro silogismo, pura fantasía, puro cálculo, literatura, y me tiene sin cuidado el que tenía que estar del otro lado era yo ya no sé quién es el que habla, José, mejor nos vamos ¿ya nos vamos?

© GONZALO SANTOS, 2012.

GONZALO SANTOS

(Argentina —Lanús, Buenos Aires, 1984—)

Profesor de Lengua y Literatura, ayudante de primera de la UBA en Semiología, vive en Avellaneda, provincia de Buenos Aires.

Sus cuentos aparecieron en medios como **Axxón**, **Aventurama** y diversas ciberbitácoras. Se lo incluyó en la antología *Grageas II*, compilada por SERGIO GAUT VEL HARTMAN.

En **NM 21** publicó "El hombre que dijo haber estado en el futuro".

Últimamente el gordo me miraba como con temor, o con desconfianza. Pero yo no me lo tomaba muy a pecho porque él en los últimos días miraba todo con desconfianza, o con temor, y por momentos parecía que todo cuanto estuviera a su alrededor era una posible amenaza, y entonces dejaba entrecortadas las frases y se dedicaba a sentir miedo, sin otra ocupación que lo molestase en su tarea.

—Por mí, no hay problema —le dije—. Si querés ir, vamos. Después de todo, en algún momento lo vamos a tener que hacer. Salvo que te quieras alimentar de pasto bruto..., de raíces, y te quieras convertir a la orden de los frailes mendicantes, o en un esteta...

—No, no digas esa palabra, que pienso en mujeres... y quisiera desaparecer de la tierra... Vamos, vamos mejor. Agarrá por las dudas un paquete, o dos, de *snacks*, y vamos.

El sol estaba casi en su punto más alto. La luz bajaba casi en línea recta hacia la espesura verde de la selva, que no es selva, y nos descubría un paisaje colmado de lianas, arbustos, pasto bruto, crecido, árboles de todo tipo, y después barro sobre mis pies, sustancias pegajosas ingresando por los poros, adhiriéndose a mi carne viva, y ahora un ruido extraño, un largo brazo en cuyo extremo una mano sostiene una rama gruesa con la que se va abriendo uno el paso, la cara de Jorge toda roja, su sudor sobre las arrugas de la frente, mi pie dándole una patada a una planta, de pronto dos plantas entrelazadas formando una cruz, que no es cruz, y después la palma de mi mano lastimada sin saber de qué, la cara de Jorge con

sudor, cerrando los ojos y abriéndolos constantemente atravesando espesura, frondosidad, una planta azul que cae, el silbido de algún organismo básico, la respiración cada vez más trabajosa del gordo, que ahora parece no poder más y pide descanso casi al mismo tiempo mi voz gritándole que siga, mi mano agarrando su brazo camoso, la voz del gordo que ahora pide que lo deje y parece tener miedo, del latín *metus*, mi voz respondiéndole que siga, la voz de él que empieza a gritar, mi mano tratando de sacarlo de ahí, el grito del gordo haciendo un agujero en la infranqueable espesura y su brazo intentando alejarme, mi resistencia, el viento moviendo la copa de los árboles que no son árboles, de los arbustos que no son arbustos, de las lianas, que no son lianas, y de mí, que —ahora casi me doy cuenta— no parezco ser yo.

7

Finalmente, la aeronave llegó al decimoquinto día, como las otras veces. Quien la tripulaba, en este caso, es José, que se ha bajado de ella y ahora viene hacia mí con un gesto como de fastidio.

—¿Qué pasó, Lázaro? ¿Otra vez lo mismo?

—Te juro que no lo sé —le digo yo, eso digo—. No me acuerdo de nada. Apenas algunas imágenes, pero no más que eso.

—¿Y los pasajeros? No me digas que pasó lo mismo que las otras veces...

—No lo sé.

“Su alma caía lenta en la duermevera al oír caer la nieve leve sobre el universo y caer leve la nieve, como el descenso de su último ocaso, sobre todos los vivos y sobre los muertos”.

El último cuento de *Dublinenses* es una sumatoria de epifanías. Sin las pirotecnias del *Ulises*, con una historia narrada con sencillez, JAMES JOYCE expone en “Los muertos” casi todas las facetas que, aun ignorándolo, presenta el individuo singular.

En una típica cena de Navidad se advierten costumbres rutinarias y a veces vacías, vanidades, pequeños vicios, diferencias socioculturales e ideológicas, conversaciones vacuas.

Culto, bibliómano, razonablemente próspero, Gabriel Conroy, sobrino de las anfitrionas, llega con su esposa Gretta y en un par de ocasiones se pierde en el ensueño de lo agradable que sería caminar solo por la orilla del río y atravesar el parque en la noche invernal, antes que estar ahí.

La velada y el discurso navideño de Gabriel se entretienen, como en un lazo céltico, en una especie de nostalgia, en la insinuación de un pasado que se recuerda como mejor que el presente. Gretta, su mujer, se sume en una profunda melancolía al escuchar una vieja canción.

Mientras vuelven al hotel donde se habían alojado, Conroy se alegra al recordar momentos vividos con su esposa, que valían por otros donde primó el aburrimiento. Se da cuenta de que la sigue deseando. Cuando trata, con ternura, de vencer los muros de su melancolía, se entera de que aquella canción le había traído el recuerdo de un antiguo novio.

Gabriel siente celos y apela a la ironía y a la frialdad, para terminar experimentando humillación al saber que su rival —humilde, provincianamente inocente— había muerto en plena juventud. Reconociéndose fatuo, trata de consolar a Gretta, avergonzado, hasta que ella se duerme. Pero se da cuenta de que nunca podrá ser la parte más importante de los recuerdos de su esposa. Aun así, descubre que su amor por ella es más trascendente de lo que pensó alguna vez.

“Mejor pasar audaz al otro mundo en el apogeo de una pasión que marchitarse consumido funestamente por la vida”, se dice mientras escucha el melancólico golpeteo de la nieve en la ventana, que cae sobre todos por igual.

Esa preocupación que insinúa JOYCE por lo que realmente es la vida puede llevarnos muchas veces a hacernos pensar que la mayor parte de la gente desperdicia su existencia. Que siete mil millones de habitantes dejaron atrás las grandezas que tuvieron lugar cuando la Tierra apenas estaba poblada.

Pero no debemos olvidar que también solemos encontrarnos con quienes actúan desinteresadamente, viendo al Otro como un igual, antes que como alguien al que siempre se le puede echar la culpa. Que hay quienes se brindan a los demás y se preocupan por ellos. Que todavía quedan héroes, incluso en los momentos y lugares más terribles, como muchos lo demostraron en Malvinas. Que hay quienes tienen grandeza aun en la derrota.

De tanto en tanto tenemos la suerte de cruzarnos con gente así, aunque sean adalides anónimos. No importa. Son importantes para nosotros y para algunos otros. Nunca debemos dejar de dar gracias por eso. Todos los días.

A veces también nos toca llevar cargas que no quisiéramos tener que soportar, pero que son inevitables. A veces nos parece que nada de lo que hagamos tiene alguna utilidad. A veces nos faltan fuerzas y tenemos ganas de abandonar todo. A veces no nos sentimos dignos de tratar de dar ejemplos.

No obstante, debemos recordar que en medio de las masas solitarias, donde muchos que ya no están vivieron más que los que aún respiran, seguramente hay una gran cantidad de gente con capacidades que no merecen ser desperdiciadas, muchos “durmientes”.

Para que el futuro pueda tender a ser como ese pasado a veces idealizado, para cumplir con nuestra obligación con la vida y con la trascendencia, acaso debamos intentar ser espabiladores, para que cada vez haya más “espabilantes”.

Es por eso que seguimos en la brecha. No por nosotros, solamente. Sino por todos los demás.

S.O., 2/4/12.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 3.3. Las imágenes se trabajaron con XnView 1.97.8 y Gimp 2.6. La revista se armó con Serif PagePlus X6. Los archivos PDF se optimizaron con jPDFtweak 0.9.5.

enmendar, por lo menos en una mínima parte, la estafa que había hecho la empresa, cuyo único representante era yo, que encima parecía a veces burlarme de él, que lo único que había hecho era pagar un viaje lo que nadie paga por un viaje, sólo para estar tranquilo una semana, y que ahora estaba padeciendo las peores vacaciones de su vida, como si hubiera pagado dos pesos, cuando en realidad pagó lo que nadie paga por un viaje, y que me podía meter las plantas en el culo, una por una, y que mi deber, mi único deber, en realidad, era sacarlo de ahí cuanto antes, porque él, porque yo, porque no podía ser, que en Buenos Aires ya lo iban a escuchar, que yo no sabía quién era él, los campos que tenía y la mar en coche.

Cuando terminó de descargarse, exhausto, le convidé un cigarrillo y él acepto de mala gana, a pesar de que no fumaba, eso decía, y que su esposa había muerto de cáncer de pulmón, y entonces los dos fumamos mirando el horizonte, como dos viejos amigos.

6

Ya habían pasado tres días desde que nos quedamos solos el gordo —que descubrí que se llamaba Jorge— y yo. Pero todavía no había las más mínima noticia de nada. De vez en cuando mirábamos el cielo, esperando encontrar alguna aeronave, pero las únicas cosas que volaban ahí eran una especie de pájaros poco evolucionados y muy básicos, que

ni parecían pájaros. También a veces nos bañábamos en el mar y disfrutábamos del sol en la playa.

No recuerdo cuándo fue que empezamos a pensar que habría que empezar a juntar comida, porque ya quedaba demasiado poca —apenas un pollo en una de las habitaciones del muelle; varios paquetes de *snacks* de distintos tipos, que era prácticamente lo único que comíamos en los últimos días; un paquete de alguna pasta (quizá eran fideos); varias frutas, y no mucho más que eso—, y no alcanzaría más que para una semana más, o como mucho, muriéndonos un poquito de hambre, una y media, así que había que hacer algo y se lo dije al gordo.

—El tema —respondió él— está en que cada vez que alguien atravesó esa espesura —sus dedos señalaron hacia atrás, casi con temor— no volvió..., o volvió hecho un ciruja con varios moretones, como te pasó a vos, y sin recordar nada. Y la comida debe andar por ahí atrás. Bah, se supone, ¿no?

—Es una buena pregunta. Pero yo tengo otra mejor: ¿y si no hay comida? ¿Y si se da la casualidad de que este maldito planeta no produce el alimento necesario para seres que habitan un planeta alejado en miles de años luz de acá?

—Es otra buena pregunta, en efecto. Quizá deberíamos averiguarlo. Aún no entró nadie a la luz del día, salvo vos, cuando fuiste a buscar al cuidador, aunque por otro lado la cabaña del cuidador y la tuya no están tan adentradas en la selva. Quizá...

A la mañana siguiente, lo primero que vi al salir de la selva, que no es selva, fue la imagen del gordo acurrucado, casi en posición fetal, durmiendo entre varias rocas, sobre el pasto bruto, del latín *brutus*. Ya había amanecido; el sol —ese sol tan particular, inefable— estaba ya bastante alto; y el mar, más agitado que de costumbre.

Yo me encontré, de pronto, corriendo hacia el gordo, y tenía una fatiga increíble, como si hubiera estado corriendo toda la noche. Cuando llegué junto a él, lo desperté con una palmada en la cara —en realidad, fueron tres o cuatro—, y él se sobresaltó y se le llenó la boca de preguntas y tosió como si estuviera atragantado.

—No sé qué paso —le dije yo, eso dije—. Pero calmate. No recuerdo nada.

—¿Y el brasilero?

—¿Qué brasilero?... ¡Ah, el brasilero!

—¡Sí!

—No sé. ¿No te digo que no recuerdo nada? ¿Qué pasó?

—¡Eso es lo que yo pregunto! Anoche te fuiste, me dejaste solo en este lugar de mierda que me vendiste, que me estafaste, en realidad..., y ahora llegás así, hecho un desastre, un ciruja, y... ¡Eh! ¡No te hagás el boludo!

—No, te juro que no recuerdo nada. Anoche me fui, sí. De eso me acuerdo. Fui a buscar al brasilero, que se había ido a buscar a su mujer, que se había ido a buscar comida, pero después... después no sé qué

pasó. Lo último que me acuerdo es que... A ver, dejame pensar. Lo último que me acuerdo es que entré, atravesé algunas malezas, pasto bruto, y que no se veía nada y...

—¿Y qué?

—Y no, no sé... Eso es todo lo que recuerdo. Quizá, ahora que lo pienso, las plantas... ¿Vos nunca lo sentiste?

—¿Qué cosa? Si me vas a venir con boludeces...

—No, no es ninguna boludez.

¿O acaso vos nunca sentiste algo raro en las plantas, en la vegetación?

¿Nunca te sentiste... observado?

—No sé, no sé, pero no entiendo qué querés, adónde querés llegar.

—Lo que quiero decir es que quizá... fui atacado, dormido o hechizado por... ellas. En la Tierra todavía no se ha estudiado con detenimiento la flora de este lugar, y tal vez, lo confieso, aún no estábamos seguros de si venir acá era seguro o no. Tal vez lo más prudente hubiera sido...

—Lo más prudente hubiera sido no estafar al gordito... Pero ya está, eso dejémoslo para después. Ahora basta de pelotudeces. Lo que me interesa saber ahora es lo que dijiste el otro día. Quiero saber más. ¿Cómo fueron las otras veces que te pasó lo mismo?

Traté de explicarle todo de nuevo, del latín *novus*; incluso esta vez le di detalles, mencioné destinos, parajes, pero sin embargo el gordo seguía insistiendo en que yo me guardaba algo. Había algo, decía él, eso dijo, que me estaba callando y que a él le competía saberlo, y que decirlo es lo mínimo que podía hacer yo para

EN LA NOCHE DE BELTANE

JOSÉ L. CARRASCO

I

La colina con forma de media luna agitaba en su lomo una alfombra herbosa. Bajo los rayos nocturnos apenas un metro de campo era visible en derredor de Roibeard. Latidos de luz de antorchas bombeaban al fondo, en dirección a las cabañas de piedra. A los colores del fuego los acompañaban voces y cantos desorquestados y ladridos de perros pastores. Roibeard se sujetó el abdomen, contuvo un moqueo de su nariz y trató de mantenerse al margen del camino por donde pasarían los aldeanos. Tiritaba de frío y hambre, pero en sus circunstancias los límites de la compasión de los hombres no pasarían de una manta cercana a una lumbre.

No los culpaba. Durante el largo día se había tambaleado rumbo al Sur por la línea de la costa. Un fino

hilo de sangre marcaba sus pasos a través de las glebas. Al principio la herida parecía muy somera y el ovejero más inexperto hubiera sido capaz de frenar el goteo. Los primeros que lo intentaron sintieron su piel helada como un carámbano, su abrigo de faya negra permanentemente húmedo y su hacha de doble filo, siempre templada al tacto, que indicaban su origen de druida. Lo intentaban sanar, así y todo, pero en vano. Los siguientes vecinos lo miraban ya como un hombre muerto.

—Debéis perdonarnos, mi señor, pero ninguna mano de mortal puede restañar esa llaga.

Roibeard bendecía su ganado y pedía por la felicidad de sus hijos; ellos le deseaban suerte y marchaba a otra parte.

La madrugada alcanzó su punto álgido, ecuador del ocaso arisco, y

aun con la escasa y decreciente llama de las teas percibió las gotas de humedad en las hojas de los tréboles. Al cambiar una rasante el techado de un bosque, bien conocido por él, se le hizo presente en el límite de sus sentidos. Asociaba muchos buenos recuerdos a su entrelazado de troncos y arbustos, a su gran familia animal. Ayudó en varios partos improvisados y le constaba que las madres habían traído al mundo muchachos sanos y recios. De la pata de un jabalí malherido extrajo una punta de flecha de un cazador que no consiguió darle alcance. Nunca tomaba partido por los hombres o las demás criaturas, porque no era lo correcto. Graciosamente inclinaba su cabeza hasta tres veces al cruzar el río, en muestra de respeto por la diosa asociada a él, que en respuesta había cuidado siempre que el devenir de su familia estuviera exento de peligros.

Sin pensarlo más ingresó en el majestuoso hayedo de su primera adultez. ¿Prometía el secreto tras su follaje espeso la realidad de un vigor nuevo, quizá incluso una cura? Imposible decirlo con seguridad en aquellos momentos oscuros en los que la visión se le acortaba, tanto la de la realidad como la de los mundos del sueño. Los buenos presagios, el suave planeo de las gaviotas, el ruido, ora benévolo, ora amenazante, del viento en las copas de las hayas, una forma determinada de las praderas cuando se oteaba desde un puesto elevado, ya nada de eso se expresaba con la antigua claridad. Al menos perdido entre las sombras

el horrible reguero rojo se reduciría a un fino manchón en su memoria.

Sabía que los contornos dibujados por las robustas figuras de madera casi engañaban su percepción. Aquí, la opacidad de una hoja próxima hundida en el barro fresco perfilaba algo demasiado parecido a una huella humana. No muy lejos, unas raíces superficiales surcaban la tierra fértil y se dejaban ver igual que el lomo de los seres del mar. Un abeto intruso tras el haya de mayor edad tendía sus ramas, sacudiéndose el abrigo de árboles más consistentes en busca del sol, tal como haría un prisionero con los barrotes de su celda. Sí, las travesuras de la luz y sus obstáculos se interponían entre él y su objetivo. No explicaba eso, empero, por qué eran tan reales, tan vívidas, las miradas de su esposa y su hija.

Estaban ahí mismo, al alcance de un abrazo. Eileen y Máire, la una dormida en brazos de la otra, igual que la mañana de la despedida. La frente de la niña salpicada aún por cabellos desordenados por su mano; los labios de Máire, húmedos por el beso. ¡Qué despacio marchaba el tiempo lejos de ambas! Y qué cruentas las guerras, tan dotadas de un significado ulterior y más elevado que se sentía incapaz de rehusar su llamada. Respondería en el más allá de sus actos en las guerras contra este invasor; tan definitivos iban a ser estos choques para el porvenir de su pueblo.

No le tembló la mano cuando supo de los extraños que, a decir de los vigías, desembarcaban pertrechados de armas y escudos pulidos.

una metáfora: así sucede con “playa”, “mar”, “selva”, “montaña”, del latín *montis*; no son más que imágenes que usamos para no volvernos locos, como lo son, al fin y al cabo, todas las palabras con las que denominamos a los objetos que nos parecen cercanos, conocidos; aunque, en este caso, tengo que reconocerlo, el perfil metafórico es muy notorio, muy evidente.

La noche de la champaña (*a noite da champagne*, en portugués; casi lo mismo) no fue precisamente una de las mejores noches. El gordo de la soja estaba más quejoso que nunca, insoportable, y el brasileiro seguía molestando y llorando porque quería encontrar a su mujer, a la que no había vuelto a ver desde que dijo “*eu vou procurar comida*”, que fueron sus últimas palabras, y que suena muy parecido al castellano “voy a procurarme de comida”, aunque nosotros usamos el verbo “buscar”.

Pero ellos usan “procurar”, así que dije:

—*Eu amanhã vou procurar tua mulher. Mas agora* descansemos... —¿Cómo será “descansar” en portugués?

Pero el brasileiro seguía maldiciendo, llorando, lamentándose, insultando, todo al mismo tiempo, y sólo alcancé a comprender algunas palabras sueltas, que ya ni recuerdo. Y después me lamenté de que hubiera tantas generaciones entre Hernán Cortés y yo, porque la información genética con el tiempo se va perdiendo y él, que estuvo en una situación parecida, hubiera manejado simbólicamente mejor todo esto. En una se-

mana acaso hubiera hecho del brasileiro su soldado, de la brasileira su hembra, y de alguna forma le hubiera hecho creer a las plantas, que no son plantas, que debían ser plantas y actuar como plantas, porque *agora* la Inteligencia la sobrelleva él.

Por su parte, el gordo seguía quejándose, intentaba consolar al brasileiro como si realmente sintiera alguna pena por él y, si hubiese vivido en la época del Cid, se habría mesado las barbas y revolcado sobre el suelo. No le dije nada, porque cualquier cosa que hubiera dicho, eso digo, habría sido un pretexto para maldecirme a mí, a mi empresa, y a cuantas cosas tuvieran relación conmigo y con ella, y no tenía ganas de ser el inodoro de nadie.

Los dejé hablar, insultar, consolarse, sin intervenir en lo más mínimo. De pronto, después de un momento de silencio, veo que el brasileiro se levanta de golpe, dice algo que no entiendo, y sale disparado hacia la espesura verde, gritando el nombre de su mujer, “María Aparecida”, mientras el gordo, supongo que por miedo a quedarse solo, apoya las manos sobre su nuca y empieza a pedirle a gritos que vuelva, que qué hace, que está loco, y que vuelva, que está loco, y todas las variantes y combinaciones posibles de las mismas frases.

—Quedate tranquilo —le digo yo, cuando la imagen del brasileiro se pierde definitivamente en la espesura—. Quedate acá por cualquier cosa. Yo ya vengo. *Eu vou procurar e/e*. Y me llevo un cigarro. O mejor, dos.

y la mano apoyada sobre su mentón, como hace uno cuando está pensando pero cuando, además, quiere que los otros se enteren de que está pensando, hacía recordar a los bustos de Aristóteles, o Sócrates, a quienes también les interesaba que los otros supieran que estaban pensando.

Cuando la brasileira se alejó los suficientes metros, aproveché y hablé algo que pensé que ellos debían saber.

—Escuchen —empecé a decir, eso dije—: no lo dije antes, porque no quiero alarmar a la compañera. Pero..., creo que ustedes tienen que saber que... no es la primera vez que me pasa esto... —Las miradas se posaron de pronto sobre mí, que ya empezaba a arrepentirme, eso digo, de lo que todavía no había dicho—. Quiero decir, ya me he quedado varado otras veces con pasajeros..., aunque no, por cierto, en un lugar tan inhóspito como éste.

Los hombres me miraban sorprendidos; de pronto el gordo se levantó de la roca casi de un salto, como enojado, y empezó a maldecir el instante en que decidió contratar esta empresa; detrás de él, el brasileiro siguió en su lugar. Ni siquiera una noticia así parecía sacarlo de sus introspecciones.

—Pero no se preocupen —continué yo—. Al final..., acá me tienen: ya ven que sigo con vida y que estoy acá, por lo que pueden deducir que las situaciones pasadas terminaron bien. Aunque, bueno..., a veces no del todo bien —se me escapó.

—¿Eh? ¿A qué te referís? —habrá preguntado el gordo, porque al

brasileiro lo recuerdo aún meditativo sobre la roca.

—Nada —dije yo—. Nada, perdón. No se preocupen. Voy a mi cabaña a buscar una buena champana, para que no decaiga. Era broma. Ya vengo.

4

A la noche Coocon se convierte en un lugar casi mágico. La superficie del agua absorbe y hace rebotar la luz de sus dos lunas y la vegetación resplandece, que ni parece vegetación. El viento es agradable y, si uno está atento, puede escuchar el sonido de pequeños animales, muy básicos, que aún no han evolucionado en formas más complejas, cosa que, por cierto, no ocurre con las plantas, que incluso parecen haber desarrollado algún tipo de inteligencia y la sensación de sentirse observado todo el tiempo quizá provenga de eso. Quizá de veras me esté volviendo loco, pero hay algunas a las que un día veo en un lugar, y al otro día en otro, la misma planta, planta neurótica, como si pudiesen desplazarse sobre la tierra, que no es tierra y vaya a saber uno lo que es. Pero los demás también sentirán algo parecido, percibirán algo extraño, porque apenas cae un poquito la luz ya nadie se atreve a internarse un poco en la espesura de la selva, que no es selva, ni en la playa, que ya tampoco es playa, porque finalmente nada de lo que es es lo que nosotros creíamos que era, y todo lo que pudiese yo decir, eso digo, del planeta, es en realidad

La asamblea nocturna, convocada para todos los hombres adultos y capaces de plantar cara al numeroso enemigo, se desarrolló con optimismo. Ya en ocasiones pasadas rechazaron atacantes lejanos. Roibeard recordaba en su infancia a su padre empuñar la horca y perderlo de vista cuando cruzó los arados en dirección al campo de batalla. Regresó magullado y silencioso, y jamás mencionó los hechos que debió presenciar, pero la comunidad vivió de nuevo tranquila.

Se hizo un hueco entre la gente hasta la primera fila en el corro de la reunión. El patriarca arengaba con voz de lobo, y el vaho de sus palabras dibujaba formas siniestras en la noche. Suponía que su función en el encuentro sería la de cirujano y confesor, encargado de que los espíritus sin cuerpo alcanzasen el reposo que no consiguieron en la tierra. Había acudido a la plaza central del pueblo repitiendo por lo bajo letanías en honor a los antepasados. En todas partes encontraba vestigios del mundo de los dioses, que siempre intercedían en favor de los hombres que demostraban respeto. ¿No era el agua pura, fortalecedora y limpia en todos los meses del año? ¿No desparramaba el sol sus rayos con igualdad y permitía cosechas abundantes? Se consideraba bien avenido con lo ultraterreno. Por eso quedó perplejo cuando el jefe lo enroló como parte de la infantería. Sus conocimientos militares bastaban y la no pertenencia a la casta guerrera indicaba la urgencia de los motivos de su alistamiento. El pueblo necesitaba de él. Pero, aun así...

Aun así volvió a su cabaña sintiendo que su sangre no hervía sino que se tornaba densa como la miel. Cruzó el umbral de su hogar y no consiguió más que alzarse de hombros. Tanto daba su creencia de que era más útil como sanador y hombre medicinal. Estaban en guerra, y la guerra no admitía segundas opiniones.

La noche anterior a su partida Eileen cayó víctima de las fiebres. Precisaba cuidados inmediatos; sin falta de atención, las consecuencias serían fatales. Roibeard permaneció junto al cabecero de la cama mientras pudo; luego dejó a Máire a cargo para enfundar su filo. La leva pasaría en cualquier instante. Máire insistió en que se quedara unos días más para cuidar a la niña; se postró a sus pies, toda lágrimas, pero Roibeard se negó. Dejó al aprendiz de druida en su interior, en casa, cuando arribó el carromato y se subió a él. Los tiempos nuevos, se terminó de convencer, exigían más fuerza bruta y menos pociones y danzas. Miró por última vez a su familia y alzó la cabeza con una frialdad y orgullo con los que pretendía transmitir confianza.

—Volveré junto a vosotras. Rezad cada día y sed buenas. Pronto pasarán estos momentos negros.

Eso se preguntó, si pasarían realmente, y el pensamiento le cayó, casi de manera física, sobre la conciencia, con la certeza de que ellas librarían una batalla similar a la de él. Lo pensó en el camino y no dejó de atormentarse durante la noche hasta que, sobre el lomo del cuarto cerro, la hierba se fue tornando de

un dorado costroso, quebradizo, producto del sol cansado del otoño. Puntas de lanzas amorfas sobresalían en su perfil y se inclinaron en su dirección, lo que dio inicio al combate. Los dos bandos recorrieron ansiosos el trayecto que los separaba con una oleada de aullidos.

En ella intervinieron espíritus, hombres y demonios por igual, contemplados todos por la indiferencia de las estrellas. Entremezclaron los ejércitos el ruido de las gaitas y el choque de los aceros. Roibeard se invistió con la flexibilidad del rayo, al que nada le afecta el pulso de la naturaleza, pues todo lo atraviesa a placer. No sentía cansancio ni desánimo; la espada bailaba flexible en su muñeca y ni siquiera la sangre enemiga conseguía alcanzarlo. La leyenda se inició en murmullos, luego en alabanzas y más tarde en cantos gloriosos. El joven sanador estaba tocado por la gracia. Junto a él ningún humano perecería en balde.

La oleada de los segundos escuadrones barrió con fiereza y si permitieron a los moribundos exclamar sus gímateos fue como aviso. Pronto el reforzado valor transformó a los campesinos en mensajeros de la calamidad. Aullaron balidos nunca antes escuchados cuando descendieron la ladera, enarbolando piedras y estoques, y el escenario donde cientos reposarían para siempre se consagró con las cenizas de los agresores. La segunda noche durmieron al raso, seguros de hallarse cubiertos por la aprobación de los antiguos. Soñó con plantíos fértiles y con Eileen y Máire ocupándose de ellos.

Un sople venenoso apagó sus hogueras a la mañana siguiente, la del tercer día. Urgidos por la fetidez, se alzaron. No terminaban de calzarse las sandalias cuando nubes grises los confundieron. Creyeron que la tierra se cascaba en dos como un fruto maduro al reconocer el eco de unos pasos nuevos. Destellos de coraza los cegaron y sólo unos pocos acertaron en sus suposiciones. La hierba calcinada lo anunció como un destructor de mundos. Apartaba los árboles con la facilidad con la que otros beben el agua. Entre las palmas de sus manos dieron la vida dos tercios de su gente. Tampoco Roibeard evitó ser alcanzado, pero extrajo fuerzas suficientes para escurrirse entre sus dedos, resbalar por los brazos, remontar sus hombros hasta colarse en sus fauces. Anticipó que los gruesos y negros dedos lo buscarían ahí dentro, pero su espada se hundió en ellos. Con ese instante ganado y aún perdido en una plena y húmeda oscuridad, esgrimió el arma de nuevo y gastó lo que quedaba de su aliento en tajar el cielo de la boca del monstruo. El bramido lo expelió a un centenar de pies pero el daño bastó para remontar el ataque. La caída del omnipotente sacudió como un viento árboles y hombres pero supuso una gran ventaja, y por ende la victoria. Ante una hazaña semejante, la hueste del monstruo corrió ladera abajo, despavorida.

Sólo ya en tierra firme, cuando guerreros, duendes y ánimas se retiraban, sintió la punzada en el abdomen, que asoció a las afiladas uñas del recadero de la muerte. Agradeció

básica, y al mismo tiempo en ocasiones nos parecía dejar escrito en nuestro pecho, en su interior, un mensaje oculto que nos helaba la piel; pero que nadie se atrevía a descifrar, ni a intentarlo.

Tuvo que pasar un tiempo bastante grande para que todas esas impresiones, sensaciones, sentimientos y quejas se adaptaran al molde del lenguaje y surgieran racionalizadas en forma de preguntas, del latín *percontari*. Aunque eso ocurría durante el día, porque a la noche, me atrevo a decir, eso digo, lo que ocurría eran imágenes atravesadas sin sentido alguno, como si el sueño, decía yo a veces, ya no pudiese esperar a que cerremos los ojos para apoderarse de lo que somos.

—¿Qué fue lo que lo habrá matado? —preguntó el gordo un día, al caer la tarde, refiriéndose al cuidador, y abriendo el panorama, porque al utilizar el “qué” en lugar de “quién” daba a entender que quizá pudo ser alguna otra cosa, no humana, la que lo mató, si es que no se murió solo, así, sin más.

—*A fauna do planeta* —dijo el brasileiro, que andaba con miedo y no hablaba mucho—, *duvido-o muito. Mas o água...*

—¿Qué pasa con el agua? —interrumpió el gordo.

—No sé —respondí yo por el brasileiro—, ¿por qué no probás un poco y después venís y nos contás? El agua que trajimos ya se está acabando y...

—Y... ¿por qué no te vas a la puta que te parió?

—Si pudiera me iría, por supuesto.

—*¿Por que não deixam de discutir? Temos que estar unidos agora.*

—En realidad —dije yo—, no es que tenemos que estar unidos, sino que no nos queda otra opción, porque si no este paraíso se va a transformar (o terminar de transformar) en el más crudo de los infiernos, en menos de lo que canta un gallo, aunque acá no hay gallos.

—*Deveriam trazer animais. Há que povoar...*

—Si entendí lo que creo haber entendido —dije yo, eso dije—, por las dudas no hay que dar ideas. No, al menos hasta que no salgamos de acá...

—*É verdade.*

—Lo que habría que hacer ahora es esperar, y empezar a buscar comida... Ustedes querían un lugar exclusivo, y acá está...

—*Eu vou procurar comida* —dijo la brasileira hembra, qué hembra, levantándose de la roca e impidiendo así que el gordo le siguiera mirando las piernas, gordo expectante, como esperando que en algún momento se abran un poquito, el gordo. Y cómo es el hombre —el hombre gordo, sobre todo— que puede tener frente a sí al paisaje más exótico y paradisíaco que alguna vez pudiera imaginar y, sin embargo, su vista se sigue deteniendo en un par de piernas de mujer.

El brasileiro varón, que parecía no darse cuenta de las miradas sigilosas y lascivas del gordo, se quedó sentado en su roca y dejó que su mujer fuera sola a buscar comida. Parecía embebido en una meditación profunda y, con la barba así crecida

—Si lo que dijiste —dije yo— es que estoy bromeando, lamento decirte que es en serio esto. E incluso más que serio, porque también se rompió la radio y estamos incomunicados. Ese aparatito que está ahí, ¿lo ven? ¿Ahí en medio del barro, junto a las rocas y la vegetación? Bueno, ese aparatito era la única cosa que nos unía a la Tierra. Y ya lo ven.

El gordo de la soja se acercó rápidamente hacia donde yo había señalado, levantó el aparato (del latín, *apparātus*), y sólo entonces puso la cara que requería una situación así, y que antes no la había puesto acaso porque yo no la había puesto y por eso creía que era una especie de broma. Y después la misma cara la puso el brasileiro, la brasileira y por inercia tuve que ponerla yo también, para no quedar desubicado. Y ahora, ya con la cara apropiada a la situación, con las palabras y los silencios que requiere semejante noticia, las circunstancias se hicieron demasiado reales, tan reales que el gordito tuvo que bromear para aquietar los ánimos y volver a la irre- alidad de nuevo, esta vez a través de la esperanza: que la empresa, decía el gordo, eso decía, era una empresa seria y no podía dejarnos ahí tirados, que no nos preocupásemos, agregó la brasileira en su poco castellano, contagiada de esperanza, porque ya al día siguiente, como mucho, llegaría alguien a buscarnos, y en fin, palabras por el estilo, del latín *stylus*, que se usaba y se usa para designar los distintos modos en que cada uno se apropia de su lengua, aunque en este caso lo haga yo significar todo lo contrario, si es que me lo permiten.

Así como tuve que sumarme a la cara de preocupación y desesperación que se debía poner, también tuve que decir las palabras que se debían decir. También tuve que sumarme:

—Tiene razón la compañera —ya la empecé a llamar así, “compañera”, porque de pronto estuvimos en la misma situación y me salió eso, esa palabra—. Como mucho, mañana van a venir a buscarnos. Si no es Ricardo, será José, pero alguien se va a tener que dar cuenta de nuestra ausencia. Quédense tranquilos... Y a propósito... ¿*Você tem cigarros?*

3

Los días subsiguientes fueron días muy largos, que ni parecían días. Pasábamos todo el día en la playa, pensando y de vez en cuando diciendo lo que pensábamos, que no eran, por cierto, pensamientos, sino sensaciones, impresiones, sentimientos que recorrían todos los rincones de nuestro cuerpo, pero que no llegaban a adquirir el aspecto formal de lo que se dice un pensamiento. En su mayor parte se trataba de quejas sueltas, de insultos involuntarios y voluntarios, que a veces salían con la misma naturalidad con la que sale un suspiro. Pero lo que predominaba era el silencio; acaso el planeta no dejaba hablar y hablaba él a través del viento, de sus plantas, de los gorjeos de las aves, que eran muy básicas y poco desarrolladas, del leve repicar de las olas. La sintaxis cooconeana era muy simple, muy

el interés de los que no habían caído pero supo que no había ya salvación para él. Penó por las tierras ya reconquistadas y fue admirado, mas como idea y no como hombre. Aun triunfante, el país sufría enormes perjuicios y numerosas caravanas se le cruzaban por la vereda. En su hogar apenas halló restos de un incendio. Ninguno de los peregrinos le pudo informar del paradero de su familia. Unos insistían en que perecieron por el fuego invasor. Otros, que los adoptó un clan vecino. Se refugiaron en las montañas, según el resto de las voces. Resolvió, si bien desesperado, que pedir asilo conllevaba reclamar una asistencia estéril y que cualquier sitio valía para comenzar la búsqueda. La floresta, comprobó con amargura, no le daría paz en su misión. Lo vino a recibir el aroma del salitre y supo que había atravesado entero el bosque. La pradera quedaba a sus espaldas.

II

Ahora que se veía obligado a pensar una nueva ruta decidió hacer su primer alto. Se recostó en la playa de piedras. Olas cantarinas lo acunaron y casi acertó a entender su lenguaje secreto, el cual —pese a su dulzura— no consiguió adormecerlo del todo. Enfermaba al imaginar tantas posibles soluciones al abandono de los suyos, y lo consumía más el sentimiento de torpeza que el quebranto físico. Al cubrirse el rostro con las manos y notarse en plena oscuridad sintió un estremecimiento y terminó por sollozar en voz baja. Sólo alcanzó

un relativo sopor, y breve, pues se interrumpió al oír que lo llamaban desde la lejanía. Irguióse y ante sí encontró un barquero de barba del color de las perlas y harapos tan ajados que toda su malnutrición quedaba a la vista. Parecía muy viejo, pero también fibroso y autoritario, con una vitalidad sobrehumana en su fisonomía. Dos cejas selváticas planeaban sobre sus ojos incoloros.

—¡Pobre de ti, Roibeard! ¡El compás ahora mismo sólo te traza caminos desdichados! —Lo señaló con un dedo fino y de uña larga y quebradiza.

—¿Me compadeces? Pues no deberías. He derramado sangre por la ventura de nuestra patria, de lo que nunca me arrepentiré.

—Tus palabras flotan como las ideas que rondan nuestras cabezas, guerrero. No hay manera de ocultar esa herida fea por la que te agarras el pecho. Habla franco conmigo, que no te deseo males.

En contra de su instinto, el soldado relajó la tensión de sus brazos y se percató de que, sin darse cuenta, sus manos habían palpado la solidez de su espada en la cintura. Incapaz de mirar de frente al navegante, revolvió entre la arena con la punta de la bota.

—Bien ves. He perdido mucha sangre, la más preciosa, pues era la mía, la de mi pueblo y acaso la de mi propia familia.

—Terrible destino el del hombre que camina sin ella en su interior. Te deseo fortuna; acéptala sin reservas, pues lo hago de corazón y no condescendiente.

—Aceptada queda, pero me haría aún más feliz si permitieras que te acompañe en tu viaje.

El barquero calló al tiempo que se mesaba las barbas. A Roibeard le pareció, con la ventaja del momento para el escrutinio, mucho más viejo de lo que había supuesto al divisarlo. Tan frágil, se dijo, como si hubiera peleado con el tiempo por su permanencia. No pudo negar su equilibrio maestro sobre el bote, que también aparentaba haber soportado más años de lo que esperara su ingeniero.

—Me gusta tu atrevimiento. Créelo o no, nadie hasta ahora se había lanzado a mi barca con el ímpetu que demuestras. Tal vez la proximidad de la muerte te ice liviano, ¿quién sabe?, y por eso ignoras lo proceloso de mi travesía. Te aviso: donde voy cargo con cambios que los hombres no pueden manejar, pues yo transporto el día y la noche, el frío y el calor, las flores y el hielo, de unas regiones a otras.

—Más a mi favor me resulta. Voy a aprovechar aún un poco más de ti, y solicitarte que me lleves a la época en la que todavía éramos tres en mi casa. Te confieso que dejé a los míos en la necesidad y, aunque mis enemigos me han temido y el futuro del pueblo quedó asegurado, sólo añoro reparar lo que dejé roto.

—Lo que pides supone navegar contra corriente. No será gratuito, debes saberlo. Si así lo aceptas, eres bienvenido en mi chalupa.

Roibeard asintió, se despidió en silencio de los bosques de la orilla y, sin una mirada atrás, se internó

en el agua hasta alcanzar la pequeña nave, que inició su arrumbar. Nubes esponjosas daban paso al amanecer. Bajo ellas, e iluminados por un resplandor ambarino, se internaron en mar abierto. Los templados vientos de la primavera los empujaron sobre la interminable marea verde. La barca se encumbraba en las olas y apuntaba su mascarón de proa hacia el sol como los animales orientan el morro hacia su destino. Al alzar la vista vio a gaviotas solitarias evitar su compañía con timidez. El anciano remaba sentado y sin fijar la vista en un punto concreto, como si llevara el tramo grabado en la mente. Quiso preguntarle acerca de las aves, pero al notarlo abstraído cambió de opinión.

Durante el trayecto, Roibeard fue sintiéndose cada vez más débil. La curiosidad que casi todo le despertaba —el olor salino cada vez más ausente, la falta de vida animal, la inusual calidez— ya no era más que una vaga inquietud. Un fino hilo de sangre escapaba de su abdomen y se filtraba entre las tablas de la embarcación. El olor a sangre seca le producía mareos y se sintió avergonzado de mostrarse en tal condición —su frente del color del aceite— ante un desconocido.

Sin darse cuenta apenas, su envergadura fue iniciando una curva hasta que su lado derecho reposó sobre el borde de la barca. Los sonidos fuera de ella ya no eran más que ruido sin definir. El anciano seguía braceando, ajeno a él, y algo natural como tragar saliva se le hizo insoportable. Al cerrar los ojos sentía enemigos incorpóreos rondarlo, un

Como no me contestaba, decidí revisar la cabaña por mi cuenta —quizá estuviera durmiendo—, y no tardé demasiado en darme cuenta de que no había nadie, porque la cabaña era apenas ese comedor y la pieza. Me pregunté dónde podría estar, porque ahí no había muchos lugares para ir: estaba la playa, de la que yo venía, y esa cabaña, a cien o doscientos metros de la mía. Lo demás era pasto bruto, virgen y bruto.

Pero sólo al día siguiente me di cuenta de que Giménez no estaba porque sencillamente... había desaparecido, o se había muerto, o ahogado, o quién sabe qué. Pero decidí no decir nada, para no alarmar.

2

La playa era bastante grande, lo suficiente como para ser considerada paradisíaca, y detrás de ella había mucha vegetación espesa y torpe, y más atrás aún se recortaba sobre el cielo un cerro bastante alto, que alguien alguna vez le puso de nombre "Rocky", porque habrá imaginado que cada relieve parecía un golpe, y que tenía muchos golpes y a pesar de eso seguía de pie. En mi Tierra, por cierto, montaña, que viene del latín *montis*, y que en portugués se dice *montanha* y en castellano montaña, sólo una letra de diferencia, y es una letra muda, otrora aspirada, una torpe h, una torpe h que, sin embargo, ha resistido a todos los embates que tuvo, ha quedado "de pie" incluso frente al único viso no conservador de Samiento —un político y escritor—,

y frente a todo aquel que quería desterrarla del alfabeto en mi Tierra, allí, más precisamente al sur, decía, eso decía, *montaña* connota casi "mantenerse de pie frente a las adversidades", simboliza eso. Quizá quien le puso el nombre fue alguien de la Patagonia. Quién sabe.

Mientras los brasileiros chapoteaban como idiotas en el agua, cuya superficie, creo haberlo dicho, resplandecía como si fuera algún metal precioso, que ni parecía agua, el gordito de la soja disfrutaba de larguísimas siestas en la arena, panza arriba, y en el medio de la panza era surcado por una línea que lo partía, y que hacía dar la sensación —sobre todo, si uno lo miraba de perfil y agachado— de que tenía dos panzas.

Por mi parte, al tercer o cuarto día había descubierto que la aeronave no funcionaba —otra vez volvía a sucederme lo mismo—, y que la radio tampoco, por lo que estábamos a la deriva en un planeta distante en años luz de la Tierra. Pero no dije nada, tampoco. Y, como las otras veces, los secretos se siguieron acumulando, hasta que llegó la fecha en que debíamos volver y la brasilera hembra, tremenda hembra, por cierto, ante mi impasibilidad, mi tranquilidad, mi inacción, preguntó, valija en mano, que qué pasaba que no nos íbamos, y ahí yo entonces tuve que hablar:

—Se rompió la nave —dije, con mi tranquilidad natural que muchos malinterpretan.

Todos callaron.

—*Não caçoes de mim, meu rapaz* —dijo por fin el brasileiro, levantándose de la roca y sonriendo.

momento, eso dije, y seguramente lo habré dicho para romper el hielo entre ellos y yo. Sí, hielo, del latín *gelum*, que en idioma gnómico también significa “señor del frío”, “hielo” en castellano y *gelo*, en portugués...—. Con lo parecido que sueñan...

Pero se ve que no les cayó bien mi comentario, porque no dijeron nada, y en seguida se pusieron a mirar los paisajes de la ventanilla, y yo pensé que en lugar de romper el hielo establecí un iceberg que iba a ser muy difícil de quebrar.

Cuando llegamos, bajamos y nos encontramos con la imagen de la playa lejana y la vegetación casi fluorescente a su alrededor, una imagen casi calcada de los folletos, como si las profecías intelectuales de los filósofos, esos malditos del siglo XX, se hubieran cumplido, y ahora surgiría el mapa antes que el territorio; del latín *terra*, por cierto.

—Tengo la sensación —era el gordo el que habló primero— de que ya estuve en este lugar. Como un..., *dejà vu*, se dice, ¿no?

El brasileiro macho asintió por inercia, tal vez sin entender lo que acababa de escuchar.

—Quizá —continuó el gordo— sucede que he visto tantos folletos, que he explorado tanto el ciberespacio, que he visto tantas fotos, videos... en fin. Me voy a la playa. Parece no haber nadie, ¿eh?

—En efecto —dije yo—. Ustedes querían exclusividad, pues aquí la tienen. Una gran playa privada para que disfruten de la soledad, sin los ruidos molestos de los vendedores,

de los chicos que lloran, sin la música *reggae* o salsa, tan molesta a veces, que suelen pasar en los destinos que ustedes visitan. Esto es lo que ustedes querían, y acá está.

—É precisamente o que nós queríamos —habló el brasileiro macho, seguramente para dar por finalizada la conversación—, *e agora o vamos desfrutar a praia*.

—Vayan, nomás —les dije yo—. Vayan. Yo les llevo las cosas a las cabañas, no se preocupen.

No estaba incluido el servicio de maletero, pero sus valijas eran pocas, no pesaban demasiado, y a mí no me costaba nada.

Las cabañas eran en realidad casitas de mar, como las que hay en la Polinesia. Había un largo muelle que hacía las veces de corredor y después de recorrer cien metros sobre él aparecían las casitas, muy rústicas, de aspecto salvaje, aunque por dentro tenían casi todas las comodidades de un *resort*. Dejé las valijas donde tenía que dejarlas, después llevé mi mochila a mi habitación, también de aspecto rústico, pero en medio de la selva, o como fuera que se llame esa vegetación frondosa y azulada, o verde, o gris, o lo que fuera, y por último me dirigí hacia la cabaña —ésta sí lo era— de la persona que tenía a cargo el cuidado del lugar y que, si fuera un parque nacional, sería un guardaparque.

Atravesé malezas inexplicables, yuyos rigurosos y dianas caprichosas. Cuando llegué, abrí la puerta y después llamé varias veces, grité “Giménez”, porque así era el nombre del cuidador, y me quedé esperando.

rumor de fuego y de espadas, de catapultas y caballería, todos a sus espaldas. Trató de ahuyentarlos con vagos gestos de la mano, que caía floja en su regazo a cada quiebro. En el cielo se pintaba con colores cremados la caída de la tarde.

—¡A mí la infantería! ¡Sonad los carnyx! ¿Qué, no vuelan esas jabalinas?

—Descansa ya, Roibeard; que no te acecha la borrasca. Alza más bien la cabeza porque ya estamos llegando. Es hora de que pagues tu deuda.

—Dime cuál era, pues o no la mencionaste o la he olvidado.

—Hela aquí: me entregarás a uno de tu descendencia, al que vendré a buscar el próximo uno de mayo a esta misma orilla, dentro de un año y tres meses exactos. Cuida de no fallarme, porque yo sí apareceré para reclamarte, y ahora ten precaución al tomar la orilla; las aguas son peligrosas incluso en tan bajo calado.

Se aferró a la barca con una mano y abandonó a su guía, que comenzó a dar la vuelta. Ya a la vista distinguió los ramos en zigzag de la floresta en pleno invierno. Estaba en casa de nuevo. El fondo no se hallaba lejos, y el agua cubría por la cintura. Sin embargo, el avanzar se hacía difícil y tras dos pasos quedó inmovilizado. A través del agua cristalina distinguía con claridad sus botas de cuero, hundidas en la arena. Tiró de sus debilitadas piernas, sin éxito. Quiso llamar la atención del remero, pero éste había avanzado mucho. Aun así emitió un quejido sordo, y el viejo se dio la vuelta y rodeó su

boca con las manos para que su voz llegara más lejos.

—¡Viajas con demasiado peso, guerrero! Libérate o subirá la marea y te ahogará con ella.

Comprobó que era verdad: en su cinto de cuero, los brillos de espada y daga atraían a los peces curiosos mientras el nivel del agua crecía hasta cubrir su vientre. Desabrochó la hebilla, cayeron los útiles de guerra con pesadez y pudo completar el primer paso que lo puso más cerca de la orilla. Al hacerlo también se notó ligero y consolado por dentro. Sin embargo, cuanto más cercano se hallaba de su destino, más tersas lucían las hojas de los árboles, más quietas las burbujas en la espuma blanca y menos vivas las nieves en las distantes montañas. Sus propios miembros se tomaban pálidos y helados, como si le hubieran extraído toda la sangre. Trató de girarse de nuevo con sumo esfuerzo, y creyó que su cuello estaba tallado en piedra. El barquero debió intuir que algo le sucedía, ya que se giró al mismo tiempo y lo vio como paralizado.

—¡No pretendas desanclarte del peso del tiempo! Te he conducido adonde pediste, pero tu vida no te pertenecerá hasta que no arribes al momento en que ésta quedó torcida. Mientras tanto serás un mero observador. Ten paciencia, pronto reanudarás tu ruta desde la encrucijada que te condujo a mi barca.

Roibeard trató inútilmente de gesticular. Cuanto más forzaba a sus músculos para que le respondieran, más doloroso era el aguijonazo que recibía en su lugar. Cuanto más re-

chinaba los dientes para notar que su mandíbula aún le obedecía, más pétrea quedaba ésta. Cuanto más contraía los dedos, para al menos alzarlos en señal de protesta, más agarrotados quedaban en una posición cada vez más definitiva. Las palabras del anciano habían sentenciado su destino, y cuando sus pies rozaban tierra firme ya era una estatua viviente.

La sal y los meses curaron al guerrero, que vio desfilar tantas puestas de sol que pudo predecir sus cambios y procesos. Poco a poco la hendidura de las garras del dios de la muerte fue retrocediendo. Primero perdió el color negruzco y costroso, luego volvió al estado de carne viva y en tensión del momento del ataque, después el tajo mermó hasta ser una rozadura y finalmente desapareció. Mientras la herida dejaba de existir, atestiguó la vida diaria de los suyos. Vio a su pueblo faenar en los barcos de buena mañana y regresar con redes repletas por la noche. Los pescadores bisoños se conformaban con rebuscar entre las piedras en busca de algún animal atrapado en las oquedades. A veces, sobre todo en días de resaca en la mar, un marino ya anciano enseñaba a los jóvenes a localizar y recoger crustáceos. Sus compañeros entrenaban y descansaban junto a la orilla y se tapaban las frentes para atisbar el otro lado del océano, preguntándose qué había allí. Escuchó canciones de fiesta y se encontró consigo mismo, paseando de la mano de su esposa y su hija. Supo que el día en que alcanzara la fecha de su presente lloraría muchas lágrimas acumuladas.

III

Despertó una mañana a pocos metros del mar. Su cuerpo, magullado, enjuto, olía a algas. Cada pequeño músculo demandaba su atención con dolores inauditos. Supo que en la madrugada anterior se había cumplido el plazo y de puro cansancio se había derrumbado cuan largo era. A tropicónes logró incorporarse y se tambaleó sin dirección, desesperado por comer caliente y reposar en un sitio blando. Le agradó cruzarse con un grupo de caballos paciende en calma y soledad. Intercambiaron miradas mutuamente, con reservas pero sin aprensión. Un potrillo del color de la cera se asomó de entre las patas de su madre, terminó de masticar un pedazo de césped y relinchó con timidez, como sus monturas de confianza solían hacer al verlo acercarse. Los rodeó y continuó su vagabundeo hacia la sombría espesura.

El encuentro con Eileen y Máire fue muy similar a sus propias fantasías. Las vio talar madera en el hayedo. Su hija, tumbada en una cesta, llevaba una flor en el pelo y fue la primera en reconocerlo. Las abrazó conmovido, como si un designio superior las pudiera llevar lejos de sí. Notó las mejillas calientes de su hija y presintió que la enfermedad estaba ya en camino, pero no dijo nada y se mostró alegre. Para ellas el tiempo no guardaba el mismo sentido, pero el recibimiento del esposo y padre les llenó de contento.

—Te prometo —susurró Roibeard al oído de Máire— que sólo la muerte nos separará.

Pero acaso yo sea el otro de esta historia, o de este in-forme, en realidad. De esta sucesión de acontecimientos sin forma, a la que intentaré cuadrar en mis estructuras espacio-temporales y lógicas, como decía Lovecraft, un cuentista, antes de empezar sus cuentos; o Einstein, un gran científico de hace dos siglos. Aunque yo, por cierto, no tengo nada que ver ni con uno ni con otro. Porque no soy cuentista ni científico. Sólo hago informes. In-formes. Pero con forma. Eso decía.

Mi lugar de trabajo, creo haberlo dicho, es una agencia de turismo interest espacial. Interest espacial e intertemporal, porque cuando uno viaja distancias astronómicas a veces también avanza o retrocede en el tiempo. Aunque de eso casi nadie se da cuenta, porque son apenas unos segundos, quizá minutos.

Los destinos más vendidos, históricamente, son Marte, todo un clásico, donde se puede ir con poca plata; Júpiter, muy visitado por la clase media, al igual que Ganimedes, una de sus lunas; Venus, y después hay lugares más exclusivos, para empresarios o políticos. Uno de esos lugares es Coocon, muy parecido a la Tierra, pero con mejores playas, arena blanca y agua que resplandece como si fuera algún metal precioso, que ni parece agua.

La historia, justamente, transcurre allí, y ahora casi se me escurre de mis manos, como si fuera agua, y es más parecida al agua que el agua de ese planeta, o lo que fuera, porque no tiene color, no tiene olor, y uno puede traspasarla con la vista sin encontrar nada que lo detenga, como

la Pampa de mis ancestros, insípida como pocas.

Yo había ido en uno de los tantos viajes que hago como guía de turismo interest espacial. Mis clientes, en esta ocasión, eran dos brasileiros —macho y hembra— y un salteño gordo empresario de la soja, del que preferí no averiguar muchos detalles. Ellos se habían conocido entre sí en la sala de atención al público de la empresa, y habían descubierto que ambos —o los tres, mejor— pretendían viajar al mismo destino, en el mismo horario, y quedarse ahí la misma cantidad de días, como si el destino, escuché decir al gordo, eso dijo, por alguna razón insondable —que quizá pronto averiguarían, dijo la chica, completando la frase previsible—, hubiese querido que los tres estuvieran en Coocon en la misma fecha. Así que decidieron que entrarían a mi oficina los tres y sacarían juntos los pasajes. Y eso hicieron.

La aeronave partió la semana siguiente. Durante el viaje hablaron de playas paradisíacas, de lugares exóticos que habían visitado, pero al final concluyeron que la mejor playa, por el momento, el mejor lugar, era Fernando de Noronha, en el norte de Brasil. El gordo precisamente había estado allí hacía pocos días —eso dijo— y se había quedado sorprendido —recordaba— con los paisajes de otro planeta que fue vislumbrando en la isla.

A mí me llamaba la atención que, pese a hablar distintos idiomas, se entendían casi a la perfección.

—Deberían dejarse de joder y unificar las lenguas —dijo en un

EL IN-FORME DE LÁZARO

GONZALO SANTOS

1

No sé por qué me lo dicen, pero dicen, eso dicen, que yo debería un día escribir un cuento, o una novela. Quizá lo dicen porque mis informes les parecen inverosímiles, o porque a veces dejo traslucir un poco de subjetividad. Lo dicen mis compañeros de la agencia de turismo interestelar; mi madre; los compañeros del bar; Jorge, el cuñado de María, mi compañera; Martín, el verdulero, creo que también. Que lo mío es la literatura. Eso dicen.

Pero lo mío, eso digo yo, y se los dije a ellos, es el informe. *In-forme*, quizá del latín *informar*. In-forme, sin forma y, al mismo tiempo, con una estructura rígida de la que uno no puede salir sin que lo acusen de poeta o de cuentista (porque eso dicen ellos). Que yo, además, tengo una visión

parcial de todo lo que describo y hasta han llegado a decir que quizá me he vuelto loco. Loco de *locus*, lugar. Como el tópico *locus amoenus*, lugar ameno, que recorrió a los poetas del Renacimiento. La locura como un lugar ameno. A menos.

Mis antepasados, dicen mis abuelos, eso dicen ellos, fueron grandes conquistadores de América. Mi línea de ascendencia, es lo que cuentan, llega directamente a Hernán Cortés, en quien los aztecas creían ver la reencarnación de uno de sus dioses y por eso perdieron la guerra, como bien cuenta Torodov en un libro muy recomendable, que habla justamente de la otredad, y digo justamente porque estoy hablando de la locura, y la locura es siempre el otro. Es una palabra que nadie asume y que nació para dirigirla exclusivamente a los otros, como los misiles.

La joven sonrió, lo que hizo a sus pecas curvarse graciosamente sobre su mejilla. No comprendía del todo el significado de esas palabras, pero a su manera las confirmaba.

Transcurrió lo que Roibeard consideró una jornada feliz y productiva. Eileen enfermó, con las fiebres que ya esperaba, y en esta ocasión aguardó hasta el alba para confirmar que se recuperaría. Los invasores atracaron en el lugar que esperaba, y junto a ellos también emergió de la bruma el coloso arrollador, con el que había tenido pesadillas tantas veces, y que provocó en el ejército el mismo pánico. El combate tuvo trazas muy similares a su primera vivencia. El monstruo devorador de hombres atacó igual de fiero, pero ahora Roibeard le cortó primero las pezuñas y repitió el mismo ataque en el interior de la bestia. Al saltar desde sus fauces la criatura no respiraba y él se encontraba ileso. Los enemigos, vencidos, huyeron en las cáscaras de nuez en las que se habían convertido sus barcos y sobre él recayó la misma gloria mítica de matador de gigantes. Una vez más se percibía en él la benevolencia de las estrellas. Era el primero de mayo.

Dejó a los soldados cuidando de los heridos y marchó en dirección a la orilla donde tiempo atrás atracó junto al anciano barquero. Se dirigió a él, pues ya lo estaba esperando, con una amplia sonrisa de satisfacción y un pedazo de tierra en una maceta. De ella asomaba una frondosa planta cubierta por blanquísimas flores. No torció el gesto el hombre y aceptó la entrega sin bajar de la barca en ningún momento.

—Te escabulles sin cumplir lo establecido, guerrero.

—Permíteme no estar de acuerdo. Tú me pediste a alguien de mi descendencia, y aquí lo tienes. Yo mismo seleccioné varias semillas, entre ellas la de este manzano, que planté y regué en mi propio jardín. Cuidé que tuvieran agua y sol abundantes. De no ser por mí tal vez nunca hubieran germinado. Son, por tanto, parte de mi descendencia.

—Admito el regalo, Roibeard. Fuiste sincero conmigo cuando explicaste los motivos para subir a mi barca. De otro modo no te hubiera dejado viajar conmigo. Por ello acepto tu ofrenda. Volveré el próximo mayo a por lo que acordamos. Marcho ahora que os he traído el calor y el sol. Mi carga, el frío, la nieve y las noches largas, son esperadas muy lejos.

Un nuevo año se cumplió y el guerrero se mantuvo en el sendero de iniciación de la mano de los druidas más viejos del pueblo. Salvo a su familia, nunca dijo una palabra sobre sus encuentros con el barquero, muy consciente de que pocos o ninguno le creerían. Acudió a la cita con la misma prontitud, a sabiendas de que el anciano también lo haría, y repitió, como la primera vez, la entrega de un segundo manzano en flor.

—Barquero, sabes bien, si estás de verdad en contacto con los días y los años, que tengo dos hijos ya. El más pequeño es tan sólo un retoño de un mes. Te ofrezco una nueva planta, bajo las mismas condiciones que el año anterior.

—Insistes en tenderme cebos, pero de nuevo me tratas con since-

ridad. No puedo rechazar este árbol. Lo plantaré junto al otro, que ahora crece en una ínsula donde da frutos todo el año. Tres reinas hadas lo han designado como su hogar y a mí me complace ayudar a poblarlo. Nunca veréis ese lugar afortunado sino en sueños. Sólo los que están abocados a la inmortalidad cruzarán sus vergeles. Quizá te agrade saber que tus ofensas lo volverán más hermoso.

El resto de su vida Roibeard moró en los alrededores del bosque donde padeció por sus lesiones. El arte de la guerra no le fue ajeno y tuteló a muchos valientes jóvenes en el uso y la forja de las armas, pero él mismo nunca volvió a empuñar ninguna. Mantuvo con devoción el estudio de los caminos quiméricos y recorrió, solo o en compañía familiar, numerosas líneas de pastos. En ellas ayunó y oró hasta recibir la visita de los habitantes de mundos lejanos. Habló con ellos largos ratos, e intercambiaron conocimientos.

Nunca faltó a su cita anual con el barquero, siempre con una planta en sus manos. Un año, Roibeard le confió que sus hijos eran adultos,

buenas personas y buenos guerreros y que, si él lo quería, uno de ellos cumpliría la promesa que una vez se hicieron y partiría a la isla, pues lo sabían todo de él y de su historia de juventud. El hombre sonrió.

—Por tercera vez te muestras con humildad, Roibeard. Y una vez más rechazaré tu ofrecimiento. Sabía de ti antes de que nos conociéramos. No se me escapa que cuando tu vida afrontó aquel dilema escogiste lo que creías que era el bien común por encima de tus propios intereses. Vuelve a casa y no dejes que la nobleza de tu alma se extinga nunca.

Era muy mayor cuando quedó postrado de pura vejez en su cama de paja y le supo mal no cumplir el acuerdo. Lejos de recriminárselo, el barquero se le apareció en visiones, con la promesa de llevarlo a visitar un día la isla de las frutas perennes. Murió agradecido, de la mano de su ahora numeroso clan, sin haber faltado nunca a su juramento. Fue una noche de recogida nocturna en los generosos sembrados del pueblo.

© JOSÉ L. CARRASCO, 2011.

JOSÉ LUIS CARRASCO SÁNCHEZ-ALGABA
(España —Madrid, 1980—)

Activo participante en diversos certámenes literarios, en 2009 ganó el Premio de las Bibliotecas Públicas de Madrid. Publicó los cuentos “Parusía”, en la revista **Sci-Fdi**, y “Una cierta forma de justicia”, en **NM 22**. Administra la ciberbitácora “El bosque de Boole” (<http://elbosquedeboole.wordpress.com>).

Sobrevivió al Tiempo de las Brumas; nunca supo cómo. Ese tiempo espeso de dolor irremediable. La mordedura en el costado tirándolo hacia abajo, incesantemente; sangrándole la boca con una sustancia negruzca, amarga, nauseabunda...

Uñas afiladas le arañaban todo lo más íntimo, lo más oculto, lo más inconfesado. Lo rasgaban, lo saqueaban; lo despojaban. Y el día del derrumbe ya ni supo si era la muerte o era qué cosa. Se tendió todo a lo largo de los restos y el ser ese, el que dijo ser de la Superficie o de quién sabe dónde, el de la extraña sonrisa

en la pantalla, ese que parecía inofensivo, amigable, ése, justo ése, vino y le aplastó la cara.

Ahora no tiene cara y sufre. Todos los de aquí pasan casi sin mirarlo. Algunos dejan sus dedos marcados en la mampara. Todos se parecen al ser de la Superficie; todos ríen como él, y casi todos parecen amigables.

Él los mira con sus ojos de vidrio; los sigue, los alcanza y —cuando ya no puede más— sólo apaga la pantalla y gime en el vacío.

© CRISTINA E. CHIESA, 2011.

CRISTINA ENRIQUETA CHIESA
(Argentina —Rosario, 1957—)

Aunque, según sus propias palabras, “solamente escribe para exorcizar sus fantasmas”, ya publicó “Tu alma se encontrará a sí misma sola”, en **Axxón** 195, y “El Viajero”, en **NM 16**.



PROXIMA
es una revista trimestral dedicada a la difusión del género fantástico y la ciencia ficción producidos en el mundo hispanohablante.

<http://revistaproxima.blogspot.com/>

Consígalas en:

* CLUB DEL COMIC:
Montevideo 255, Capital Federal
(A 1 cuadra de Av. Corrientes)

* ENTELEQUIA Suc. Belgrano
Juramento 2584
(a 1 de Av. Cabildo)

* LIBRERÍA DE ARTES Y LETRAS
Avellaneda 306, Caballito, Capital
(Casi esq Campichuelo)



TAXIDERMIA

CRISTINA E. CHIESA

Había estado mucho tiempo observándolo por la pantalla. Había vuelto la imagen de derecha a izquierda; la había agrandado para tener una mejor perspectiva de los detalles.

Se detuvo sobre el gesto ése, tan raro.

El rostro con su boca estirada en un largo rictus; los ojos achicados, la nariz dilatada.

Sin embargo, la cara con la mueca —que después supo que era una sonrisa— parecía increíblemente auténtica, absolutamente espontánea.

Trató de recordar algo similar en su coexistencia penosa. Hizo un esfuerzo. Sí... Allí estaba... Alguna vez, de manera furtiva, pero allí estaba: el rostro estirándose largamente; la boca desenhebrándose en esa mueca.

Hace tanto tiempo... Hace tanto tiempo...

¿De qué mundo venía ese ser? ¿Qué clase de cuerpo era ése y cómo y qué designio los había llevado a emparentarse?

Dijo ser de un lugar: la Superficie. Pero, ¿de cuál de ellos dos era ese lugar? Tal vez de ambos... Todo dependía de cómo se mirara.

¿Cómo era posible, entonces, que hubiera existido siquiera esa fracción temporal, ese límite espacial que los había convertido en póstumos, infinitamente ajenos...? Una imagen en la pantalla.

No recordaba casi nada. Algunas cosas, tal vez... Los olores, sobre todo. Y las texturas. Los repliegues de ese cuerpo, el sonido sanguinoso del pecho, unas manos que se hundían en la oscuridad en una especie de frenética búsqueda de algo vital. Algo que buscaba leer con los dedos en el rostro de la vida.

SIN RED

GISELLE ARONSON

Cuando llegó a su casa ya eran las cuatro de la tarde.

Dejó la valija en la habitación, se sacó los zapatos y se disponía a encender la computadora cuando un bostezo lo hizo cambiar de idea. El viaje lo había agotado; dormiría una siesta de media hora.

La alarma de su celular cumplió con su deseo y treinta minutos después se desperezaba ya repuesto.

En la cocina se preparó un café con leche. No había abastecido la alacena antes del viaje; no quedaba un solo alimento para acompañar su infusión.

Resignando el hambre, se acomodó en su estudio, apoyó la taza sobre el escritorio y prendió la *notebook*. Para distraerse, abrió la red social. ¿Qué habrían contado sus contactos durante su ausencia? La página de inicio le resultó familiar. ¿No era lo último que

había visto antes de marcharse? Esto le extrañó, tanto como que no hubiera notificaciones registradas. En su muro, los comentarios eran los mismos que había visto quince días antes.

Mientras terminaba el café, decidió probar con los perfiles de sus amigos más íntimos. Ocurría lo mismo; también con aquellos contactos del trabajo o con viejos conocidos de la infancia. Nadie había actualizado en las últimas dos semanas.

Terminó de extrañarse al comprobar que no había recibido un solo mensaje interno, ninguna invitación a eventos, ni una triste solicitud de juegos.

Se preguntó si se habría caído la red, si habría sido hackeada o qué extraño fenómeno estaría ocurriendo. Se percató de que la mayoría de las fotos de los perfiles habían desaparecido, dejando en su lugar las típicas y tristes siluetas celestes.

¿Se habrían hecho realidad aquellas bromas, cuando se preguntaban cómo sería la vida sin la red social?

Abrió el *chat*; nadie estaba conectado. Aun así, envió dos mensajes: uno a su hermano y el otro a una amiga. Esperó; nadie respondió.

“Volvamos al pasado”, se dijo y tomó el teléfono junto a la computadora.

Marcó un número pero su madre no atendió del otro lado. Minutos después, tampoco obtuvo respuesta en su trabajo. Eso sí era muy extraño.

Empezaba a inquietarse cuando recordó que no había comido en horas. Se calzó, se puso el abrigo y salió a la calle. Dio dos pasos y quedó paralizado; su vereda estaba desierta. Tomó el celular y consultó el calendario: no era domingo. Era miércoles y eran las cinco de la tarde; a esa hora su calle estaba repleta de gente.

Corrió las cinco cuadras que lo llevaban hasta la avenida. Autos estacionados, negocios, bares. Todo rastro de urbanidad, vacío. Gritó. Nadie respondió; el único sonido que quebraba el silencio eran las hojas del otoño raspando la vereda. Ni un animal perdido que lo rescatara de la desolación.

Desesperado, volvió a su casa. Quiso intentar otra vez con el teléfono. Nadie respondía su llamado.

Exhausto, impávido, lleno de terror, se sentó de nuevo frente a la computadora. Durante horas permaneció inmóvil, preguntándose si había algo que él pudiera hacer. ¿Tendría el poder de cambiar esa realidad inesperada, inaudita?

Atardeció y la habitación fue quedándose en penumbras. A través de la ventana y del silencio, divisó la calle, también oscura. Encendió la lámpara y la luz quebró la negrura de su casa, de su ciudad, del universo.

Sus ojos se toparon con el botón de encendido de la máquina. ¿Qué podía perder? Lo oprimió dos veces: la primera con temor, hizo que se apagara. La segunda, con esperanza, activó el reinicio.

Abrió el navegador y accedió al icono de la red social. Ingresó su clave y esperó esos segundos como quien espera ver abrirse las aguas de un océano.

Allí estaban todos, otra vez: fotos, actualizaciones, invitaciones, comentarios, eventos, videos.

Sonrió.

Pero inmediatamente, el alivio le recordó la dimensión del tiempo y el espacio.

Por segunda vez, corrió a la puerta y salió a la calle.

© GISELLE ARONSON, 2012.

GISELLE ARONSON
(Argentina —Gálvez, Santa Fe—)

Licenciada en Fonoaudiología y terapeuta del Lenguaje, activa integrante del grupo Heliconia, reside en Haedo, provincia de Buenos Aires, y administra la ciberbitácora “Luz de Noche” (<http://www.nocheluz.blogspot.com/>).

—*El capitán Exupéry estuvo a punto de ser un Zaratustra galo; estuvo a punto de crear nuevos valores. El niño es ahora inmune a los ataques de los alemanes. Hasta Nietzsche los odiaba. Si eso le hicieron cobardemente al capitán (lo atacaron por la espalda), no quiero ni imaginarme lo que le espera al francés de los suburbios. En mi informe tengo unos datos escalofriantes: desde hace años Aéropostale ya no es una empresa rentable para los franceses, pero es nuestra aviación, la única que puede salvarnos. Hago un llamado a todos los habitantes, incluidos los ciudadanos de Francia de ultramar, a unirnos y luchar hasta el final. No debemos abandonar Aéropostale; hay que hacer frente a los esbirros de la Luftwaffe y el imperio alemán. De lo contrario se arrepentirán cuando el día de mañana los oficiales alemanes lleguen hasta la puerta de su casa a llevarse a sus hijos. Es hora de que entiendan las potencias del Eje (los caballeros de Alemania, las legiones de Roma en Italia y los samuráis de Japón) que no pisotearán los Campos Elíseos ¡No acabarán con París!*

Algunos oficiales alemanes escupieron y vociferaron contra la radio. Sentían lástima por De Gaulle. Yo no. “El asesino de Dios, el más odioso de los hombres, es contemplado por Zaratustra”, diría Nietzsche. De Gaulle supo jugar muy bien sus cartas esta noche en el azar de la guerra; era todavía un rival de cuidado, aun con el exilio, que lo había vuelto orgulloso hasta la muerte. Pero era mejor rey que Hitler: un Príamo francés. La pérdida de Saint-Exupéry sólo fortaleció a Aéropostale. Necesitaban urgentemente un mártir para su causa. Ahora los franceses atacarán con todo, pues ya no tienen nada qué perder, salvo su infancia amenazada; seguro que dejarán atrás sus diferencias con los gaullistas. Los oficiales alemanes analizaban esta nueva situación. Sólo quedaba una posibilidad: la nueva Troya que ardería sería París o Berlín, pues la guerra generalmente termina con la destrucción de al menos una ciudad. Ahora ya no me sabe igual esta victoria amarga de Alemania, como la de Aquiles al entregar el cuerpo de Héctor al rey Príamo. Tendré que llevar tatuado el recuerdo de aquella cabina en llamas antes de que la apagara el mar de Tirreno para siempre.

© ALBERTO TRIANA, 2012.

ALBERTO TRIANA
(México)

Ingeniero y periodista de Torreón, Coahuila, ésta es su primera aparición en **NM**.

Su dirección de correo es alberto17tr@hotmail.com.

del capitán, en estos tiempos de alienación. Entiendo lo que sienten: cuando estamos confundidos o agobiados, buscamos afanosamente en los grandes pasajes de la literatura francesa, desde Víctor Hugo hasta Stendhal. Muchas veces olvidamos la prosa sencilla. Exupéry le hablaba al francés de los suburbios, sin poses intelectuales, esnobismos ni amaneramientos de ninguna clase. Ya nos lo había demostrado en Correo del Sur y Vuelo nocturno.

Aquellas emotivas palabras de De Gaulle sembraron preocupación, incluso entre los oficiales alemanes.

—Homero nos enseña que la guerra acaba prematuramente con la juventud de los hombres. La tragedia les otorga una nueva dimensión. La aviación alemana nos arrebató al piloto, gracias a un vulgar matón, pero nos queda el niño, el Principito, aquella fábula que trajo consigo el sol de Marsella. Está asociada con el arquetipo del Tarot, con El Loco, el arcano cero, quien empuja la vida de un modo espontáneo. Es la carta que representa la imagen de un adulto que no ha perdido la mirada de niño. El Loco y el Principito son los nómadas del cielo volando entre los opuestos, repito, alfa y omega, hombres-dioses.

Goebbels y los encargados de propaganda retirarán *El Principito* de todas las escuelas y bibliotecas de Alemania, pero seguirá circulando clandestinamente, pues ya se había leído mucho,

como las versiones de Perrault de los cuentos de hadas europeos.

—Detrás del general De Gaulle, en el blanco intermedio de la bandera francesa, se proyecta la caricatura del Principito, quien desciende flotando, burlón y travieso ante el escenario de la guerra. Ojalá yo pudiera escribir un libro tan bueno como los del capitán —añadió Camus.

—Desde hace tiempo que ya no hay juguetes para los niños en Francia, por el estado de la guerra. Quizá pronto nos olvidemos de jugar con nuestros hijos. El ministro de cultura, Dominique de Villeblevin, me ha informado que nuevas ediciones de *El Principito* llegarán a todos los niños de Francia. Entre las pertenencias más apreciadas del capitán Exupéry estaban unos lentes que le obsequiaron en Buenos Aires, una pluma Parker de Nueva York y una cartera de piel muy bonita, hecha en Guatemala, con un grabado de Quetzalcóatl, un extraño dragón de Centroamérica. Estos tres objetos, por su valor sentimental, serán llevados al Museo del Louvre, me confirma el ministro. Los ideales de Saint-Exupéry son compatibles con otros idiomas. *El Principito* quería incluso jugar con el dragón de América Latina.

Ahora no quería que los niños de Alemania relacionaran mi nombre (todavía secreto) con la muerte de Saint-Exupéry. Aquel minuto de silencio en París era como el funeral de Héctor.

PLANETA APTO

JUAN M. VALITUTTI

Soy un parásito. O, por lo menos, esto es lo que asegura la teoría... Aunque la teoría también asegura que el parasitismo puede ser el primer escalón para la convivencia armónica entre especies. Espero haberlo entendido bien... Claro que, a veces, uno entiende lo que quiere o necesita entender, ¿no? Estoy delirando otra vez. Greta juega conmigo. Greta gira, gime, ronronea. Está enojada, desde luego. Está enojada, y se las arregla para comunicármelo. ¡Oh, se las arregla muy bien! Explota. Ríos de plasma me impelen a moverme. Me traslado. La Cóndor desaparece, tragada por ríos de miasma escarlata. Me muevo.

No puedo dormir. La llaman "transmisión de material genético". He visto lo hilos —deletéreos, rojo sangre— que se me clavan, anexándome a la tierra; son uñas que se hunden en mi cuero cabelludo y hurgan en mis

fosas nasales, mis orificios auditivos, mis poros, mis agujeros. Greta es exigente. Sabe que me despertará, pero no me moveré. Necesito dormir.

Me acerco y me alejo (¿o es ella la que se acerca y se aleja?). Como las mareas que muerden la costa. ¿Cuál costa? ¿Para qué la metáfora? La metáfora está muerta. He evolucionado. Hemos evolucionado. Soy el nuevo Adán y soy la nueva Eva. Híbrido Justo Ramiro Eustaquio Robles... ¡Bah!, volvamos a la metáfora. Las ideas, sí, son lo único que las uñas (¿o "cuñas"?), no han alcanzado. La metáfora respira, late. ¿Me acerco y me alejo? ¿Cómo las olas? ¿Sobre una costa? (¿Por qué los literatos dicen "muerte" la costa?). "Prototaxis", ¿OK? Pro-to-ta-xis. Se empieza por algo. Uno se acerca a la chica que le gusta y "¿Salimos?". Luego, el baile.

Teniente (Híbrido) Justo Ramiro Eustaquio Robles, para ser más precisos. Todavía me acuerdo. Teniente primero a cargo de la tripulación de la *Cóndor*: seis integrantes, dos mujeres, cuatro varones. Todos muertos, menos yo. ¿O estaré muerto yo también? ¿Quién soy? ¿Justo Ramiro Eustaquio Robles? o ¿Selbor Oiuqatsue Orimar Otsuj? ¿Eh?

Greta corre con ventaja. Mi producto metabólico, mi secreción, mi residuo... Todo para ella. ¿Y yo? ¿Qué me queda? (*Gira, gime, ronronea, gira, gime...*). La he visto devorarme poco a poco: usa sus hilos. Succionan y degluten. Lento. La tierra me traga, y descendiendo a las entrañas. Me necesita. ¿Qué es lo que quiere? Mi material genético en su genoma... ¿Cuál es el último estadio de la simbiosis? ¿La mutualidad? No... Tengo la palabra en la punta de la lengua; la leí esta mañana, mientras investigaba, pero se me olvidó. Uno olvida lo que quiere o necesita olvidar, ¿OK?

Simbiogénesis. ¡Eso! Un nuevo individuo, síntesis de los dos simbioses... ¡Ah, sí, Greta me ama! Quiere parirme. ¿Y qué saldrá de semejante unión? ¿Respirábamos cuando salimos de la nave? Bueno, claro, llevábamos nuestros cascos. Sin embargo, Di Stefano se retiró la escafandra. Respiraba de verdad. Nos miró feliz cuando se volvió. Los hilos, entonces, eran invisibles. Greta sentía la presión de nuestros pasos, pero hablar, no hablaba. Se mantenía callada, acechando. ¿Quiénes son estos bípedos? ¿Por qué me invaden? Los hilos trabajaron durante la noche. Se metían, hurgaban. Nadie era digno... ¿Cómo

se atreven? Entonces, en cuestión de segundos, los mató. Incompatibilidad genética, supongo. Pero, ¡un momento! ¿Qué es esto? ¿Es un pájaro? ¿Es un avión? ¡Oh, no, *ladies & gentlemen*! ¡Es Justo Ramiro Eustaquio Robles al rescate! Efectivamente, muchachos, el hospedador encontró grato a uno de los hospedados. ¿Y los otros? ¿Qué hay con los otros? ¡La selección natural se encargó de ellos, faltaba más! ¡Abran paso a la novedad biológica! Mi información genética ha pasado a formar parte del Genoma Greta. ¿Y bien? ¿Cuál es el siguiente paso en el proceso simbiogénico? ¿Un nuevo individuo? No necesariamente: una simple simbiosis de comportamiento podría ser más que convincente. Sin embargo, Greta tiene otros planes, y no es tan literal como yo. ¡Las mujeres odian la teoría!

Una vez lloré. Lloré no porque mis compañeros estuvieran muertos, sino porque no podía enterrarlos. (¿Por qué los literatos dicen “darles cristiana sepultura”?). Efectivamente, ¿cómo cavar en Greta (en G.R.E.T.A.)? “Planeta apto”, se había pronunciado la computadora de a bordo. Y era Greta... Respirando y girando, sola y vasta, entidad viviente parida en lo profundo. Como sea, a Greta no le gustaron mis lágrimas... Caray, no recuerdo lo que iba a decir: esto me pasa por retomar mis escritos días después.

Es un juego. Greta está jugando. Me tomó un tiempo asimilarlo, pero es así. Ahora bien, las uñas —(c)uñas by Darwin— subrayan la naturaleza del juego: es un juego de suma cero. Lo leí: “Juego de suma cero”. Si uno

Había duelo nacional en Francia. El joven reportero de la radio, un tal Albert Camus, informó:

—*Esta tarde recibimos un comunicado de Aéropostale. El vuelo diecinueve que efectuaba sus operaciones de reconocimiento cerca del mar Tirreno ya no regresó. Se cree que el avión del capitán Antoine de Saint-Exupéry fue derribado por la aviación alemana. Las posibilidades de encontrarlo con vida son nulas; repito, son nulas, debido a que el capitán Exupéry ya no contaba con combustible de reserva y los ataques en esa región han sido letales hasta ahora. Todos recordamos al capitán Exupéry; reseñas suyas aparecieron en su viaje a Buenos Aires y Guatemala, y también en el Paris-Soir. Seguido también hacía entrevistas a Combat, periódico símbolo de la resistencia francesa. En Buenos Aires llegó a ser director de Aeroposta, filial argentina para América Latina y se sobrepuso a su bancarrota, a los accidentes en el desierto africano, en Guatemala hace seis años y hace apenas cuatro enfrentó misiones de riesgo sobre Arras...*

“Es, posiblemente, uno de los asesinatos más crueles de la guerra.

Por supuesto que no reconocí a Saint-Exupéry. En el anonimato que nos otorga el aire para mí sólo era el modelo de su avión reducido a un número de serie. Decidí no incluirlo en mi registro de aviones derribados, pues era reducirlo a una estadística más de la guerra.

—*Atención, interrumpimos esta señal para un comunicado muy importante. A continuación unas palabras de nuestro general Charles De Gaulle, comandante supremo de las fuerzas francesas.*

—*Buenas noches a todos los ciudadanos que todavía son libres de Europa. El día de hoy el Tarot de Marsella nos ha mostrado la fatídica carta de El Ahorcado. Es cierto que en vida tuvimos algunas diferencias con el capitán Exupéry. A pesar de que se marchó a Nueva York cuando más lo necesitábamos y de su fracaso en la logística de Aéropostale para la red de América Latina, el capitán siempre tenía la mirada puesta en el porvenir. Recuerdo que tras la quiebra de esa filial tuvimos una fuerte discusión por teléfono; él en la embajada de Buenos Aires y yo en el edificio de la Cancillería. Pero todas esas diferencias y roces eran sólo en cuanto a la política y los negocios; nunca comprometimos a la aviación francesa. El capitán Saint-Exupéry, más que cualquier otro piloto de guerra, entendió como nadie la mística de la aviación, desde su accidente-retiro espiritual en el desierto del Sahara; por eso volaba entre los opuestos: alfa y omega, hombres-dioses. Por eso vagaba errante entre París, África, Guatemala, Arras o Buenos Aires; porque su verdadera patria era el cielo, el pluricosmos, pues representaba el Padre Espiritual para la juventud francesa, la superfuerza inicial, relacionada con el caos originario. Se reconcilia la idea romántica del soldado-escritor en la figura*

por lo que más que un combate uno a uno éste era un duelo simbólico para acabar con la Aéropostale francesa, su último bastión en el aire.

Mi sombra de halcón ahora lo perseguía por debajo. Solté mi primera ráfaga. Así combatieron los dioses de la aviación, afilando la espada, con cientos de trazas de fuego por minuto. Mis alas fueron creadas por mecánicos nuestros, forjadas por el frío del alba en Rusia y ensambladas en la España de Franco. Las municiones fueron manufacturadas en los campos de esclavos de Auschwitz y Treblinka. Aéropostale se despachaba y Luftwaffe debía surcar los cielos de Europa para siempre con la cruz gamada del Tercer Reich.

A juzgar por sus movimientos y maniobras, ya casi no tenía combustible. Me divertí un rato con él, virando a la derecha, para hacerle creer que me había perdido y con una maniobra imposible para novatos regresé para sorprenderlo en la mira. Mi halcón escupió fuego y sus alas de zinc se llenaron de llamas de fuego en aleación. Jugaba con él como un toro de Sevilla, desesperado y sangrante, o como algunos de esos grabados y frescos que descubrió Schliemann en Minos y Creta sobre las tauromaquias sagradas.

De su fuselaje salió más humo y las alas de su avión seguían en llamas, como las alas de Ícaro por resistir al sol gris de Berlín. Todavía antes de que golpeará el mar, le di una última estocada para rematarlo, como Aquiles al cuerpo de Héctor. Me despedí de aquel osado piloto francés que puso en tela de juicio a la aviación alemana. Llegará el día

en que París cederá por completo y los franceses serán nuestros cocineros y mozos, como aseguró Hitler en uno de sus discursos.

Después de la misión cumplida, esperaba algún reconocimiento en Berlín. ¿Treinta mil marcos? ¿La Cruz de Hierro del Reich? ¿Una cena en la sede del Partido? ¿Un homenaje en las Juventudes Hitlerianas? ¿Música de Brahms o quizá de Bach, el león chino imperial? (La música se originó en Alemania, por eso nuestro imperio será de mil años). ¿Quizá algún día el puesto de Rommel en el Afrika-Korps? ¿Una felicitación de Hans-Ulrich Rudel, máximo as de la aviación?

Regresé a la base. Ya una vez que bajé de mi avión me dirigí al hangar a ducharme y cambiarme. Debía usar el uniforme de gala, pues vendrían unos oficiales. Camino al comedor escuché una transmisión del enemigo que era interceptada por nuestros técnicos en comunicaciones.

Inmediatamente reconocí una voz en el intermitente discurso francés, pues siempre se me dio bien la francofonía. Esa voz invisible, firme y melodiosa que por instantes anulaban y retransmitían las ondas hertzianas sólo podía pertenecer a un hombre, ese hombre debía ser decidido y firme de convicciones para estar ahí, y ese hombre era el general Charles De Gaulle. La sola presencia del general (en el laberinto del frente francés) significaba el fin de nuestros afanes, de nuestra voluntad de seguir avanzando por Europa. Bastaba una mínima orden, un ligero comunicado suyo desde el exilio para mantener el orden y la disciplina en todos sus ejércitos y divisiones.

gana, siempre será a costa de lo que el otro pierda... ¡No, carajo, no puedo aceptarlo! ¡Esta hija de puta no va a acabar conmigo! (*Gira, gime, ronronea, gira, gime, r...*). ¿¡Me oíste Greta!? ¿Qué pasaría si las cuñas fuéramos nosotros? No cuñas que sobresalen en la vasta superficie de la naturaleza, sino cabezas: las de los seis tripulantes de la *Cóndor*... ¿Te sirve la de Ramírez? ¡Buuuum...! Mazazo sea dicho, y desaparece la cabeza del biólogo, para abrirle el paso a la de Bermúdez, la experta en lingüística. ¿Te sirve la de la señorita? ¿Eh? Y así... Pero, ¡no! No puede ser... Y sin embargo... ¿Y si el mazazo —¡carajo!— cayera sobre mí?

¡No, no se puede envilecer un juego de tal manera! ¡Trampa, trampa! Además, si el mazazo cayera sobre mí, ¿qué cuña —¡coño!— saldría en mi lugar, eh? Ya no quedan tripulantes... ¿Me has oído Greta? ¡Ya no quedan tripulantes! ¡Somos tú y yo, mi cielo! ¡Tendrás que tolerarme hasta el final! ¡Un tanto para la simbiosis de mutua coparticipación...! Pero, entonces, si la simbiosis se completa y ambas partes ganan, ¿cómo termina la partida? ¿De qué manera gano yo? ¿Qué gano yo...? ¿Y Greta? ¿Qué gana esta grandísima perra cantora?

Gira, gime, ronronea. Gira, gime, ronronea. Y yo que le camino encima, otra vez, el mono del Génesis: el bípedo al pedo.

En cierta ocasión, Greta me hizo un regalito: aparecieron los cinco tripulantes muertos de la *Cóndor*. Bueno, ¡*aparecer*...! Greta los esculpió —los parió—: cinco brotes en el suelo, envueltos en el efluvio de plasma

escarlata. Me acerqué, como quien no quiere la cosa, y, en eso, asomé una mano, y luego una cabeza, y luego aparecieron otras cabezas y torsos y manos y pies, y allí estaban: los cinco de vuelta —devueltos—, de pie, mirándome. Muertos pero vivos. Me acerqué. Vi que una de las esculturas abría los ojos, parecía reconocermé: noté una incipiente sonrisa que pronto degeneró en una mueca de espanto —recordaban, recordaron—, y me pidió, con los ojos, que todo acabara... Tomé una pala, la misma que había usado para tratar de enterrarlos, y la clavé en la cabeza, en una y en otra; pero de las cabezas surgían raíces, tendones, que se entrelazaban, viboreaban y se buscaban entre sí: formaron estrellas, constelaciones, y todas las bocas gritaron a la vez, hasta que dejaron de hacerlo, y la miasma se coaguló y las esculturas se secaron. Entonces era fácil romperlos —romper a mis compañeros, fracturarlos, como ramas crujiendo—, y convertirlos en polvo y convertirlos en nada.

Pero quedaba un sexto brote, separado del resto... (*Gira, gime, ronronea, gira, gime, r...*). Reparé en él mucho más tarde, cuando mis compañeros habían muerto por segunda vez. Sabía lo que era, desde ya —¿cómo no lo iba a saber?—, de manera que enarbolé la pala, dispuesto a acabarlo (a *acabarme*). Pero a Greta no le gustó mi actitud, así que decidió darme un buen tirón de orejas: saltaron las uñas, saltaron los hilos, saltó Greta, en una palabra, y me crucificó: atrapó mis muñecas, atrapó mis tobillos y mi torso. Hurgó en mi boca y la amor-

dazó. Me suspendió a escasos centímetros de su vientre cicloidal; no podía moverme, no podía gritar, pero ¿ver? ¡Oh, claro que podía ver!

Forma de bulbo. Rosa grisáceo. Consistencia gelatinosa. Cruzado por capas hinchadas de violáceo. Late. Late. Late. Soy yo en lo otro. Miro. Es una crisálida o suerte de capullo que lo/me envuelve. Respira. Crece. De vez en cuando, lo otro gira dentro de la cápsula, y hasta parece que me echa un ojo, y se da la vuelta y gira, y desaparece de mi campo de visión, reintegrándose a la calidez amniótica... Greta gime, las contracciones la desgarran. Está a punto de dar a luz.

Ominoso, ¿eh? Justo Ramiro Eustaquio Robles x 2. Uno frente al otro. Lo otro me mira; acaba de salir; acaba de abandonar el vientre desgarrado de Greta; me mira y me sonríe. Es Greta y es Justo Ramiro Eustaquio Robles. Ambos. Ambos. Ambos. ¡Y, oh, sorpresa: la *Cóndor* resurge a sus espaldas! Las fibras se contraen, los ríos se retiran, y allí está: una nave hermosa, en forma de aguja, *made in Hell*. Sé qué trama Greta —¿cómo no lo voy a saber?—: está todo escrito. El otro que es copia me mira, me sonríe y... ¿Y saben qué más? ¿Saben qué más hace antes de subirse a la *Cóndor* y destetarse de madre? ¡Me guiña el ojo! ¿Qué les parece? ¡La muy perra!

JUAN MANUEL VALITUTTI
(Argentina —Buenos Aires, 1971—)

Colaborador habitual, en **NM** publicó “Una flor” (# 11), “La última frontera” (# 13), “¡Oh, por todos los diablos, Doug!” (# 15), “ABC” (# 19) y “El frío” (# 21).

Lo que alguna vez fue G.R.E.T.A. —no me pregunten a mí: Ramírez, el biólogo, antes de irse, la bautizó así— está muerta. Muerta al parir. Se seca irremediablemente. Y yo, el bípedo genésico, pronto correré la misma suerte. ¿Qué hará Greta, me pregunto, cuando arribe a la Tierra? Lo sé, claro que lo sé: “Planeta apto”, concluirá. Mi materia y su materia en mi semen... ¿Cómo serán mis hijos? ¿Cómo serán los nuevos Adanes y las nuevas Evas? ¿Qué será de la Primera Humanidad? Mis ligaduras se han roto, y yo camino por una superficie estéril. Las estrellas giran sobre mi cabeza: las cuento. Menos diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡Ignición! La *Cóndor* es un punto de luz en el firmamento, y pronto desaparecerá. Falo extraterrestre, listo para la procreación. Al final, he vuelto a la metáfora. Las ideas no me han abandonado. A la noche podré dormir sin que los hilos me auscultan. ¿Qué soñaré? ¿Soñaré que soy alguna clase de entidad solitaria, oriunda del espacio, que sueña con alcanzar las estrellas? ¿Seré J.R.E.R., esperando que alguna nave desprevenida se pose sobre mí? No lo sé. Mientras tanto, el mono sueña que sueña con alcanzar las estrellas...

© JUAN M. VALITUTTI, 2012.

EN EL MAR TIRRENO

ALBERTO TRIANA

31 de julio de 1944

Hans Rudolph era mi alias para las operaciones en Marsella. Hasta la batalla de Inglaterra y Stalingrado, los ingenieros alemanes mantenían el orgullo de que la *Luftwaffe*, con el nombre clave Legión *Cóndor*, no conocía la derrota, mientras Hitler, en su búnker de Berlín, preparaba el prototipo del *Haunebu*, su nueva arma secreta contra los ingleses.

El *Luftwaffe SGR200* es un arma que inspira terror: se trata de un halcón blindado, capaz de escupir trazas de fuego sobre Marsella y el Mediterráneo. Aunque era pesado, el cuerpo de ingenieros hizo algunas modificaciones para hacerlo más maniobrable. Era diferente, pero no menos letal que el *Messerschmitt Bf 109* o el *Focke Wulf*.

Patrullaba con mis compañeros aquella mañana en alerta, cuando

recibí la orden de los oficiales alemanes de ir a revisar cerca de *Anncy*. Busqué un buen rato por Milles y Hyeres. Finalmente, a mi regreso, un aeroplano cortó la geografía de Toulon. Era un *Lockheed P-38* de *Aéropostale*. Salí del laberinto de nubes y alcancé a aquel piloto francés. El sol me cegaba un poco. *Apolo* estaba casi en su cenit.

No tenía miedo al combate; ni siquiera estaba nervioso. Desde niño me sabía de memoria las hazañas del Barón Rojo. Puedo comparar, sin que me gane la soberbia, que mi avión era el halcón que vio *Ulises* persiguiendo a la paloma y que dio origen a la estrategia para tomar Troya, la *Ilión* ventosa. En mis ratos de ocio *Wagner* preparaba mi espíritu para la guerra.

Los ingenieros de *Luftwaffe* habían preparado especialmente para mí la última modificación del *SGR200*,

perdiera el campeonato. Necesitaba por lo menos un doblete para traerse dos carreras y ganar. Con esa sola acción, estaba seguro de que sería nuevamente aceptado por sus compañeros, olvidando que ahora era diferente de ellos. Además, tenía otra razón para acertar.

Ahora la presión estaba en el serpentinerero. Necesitaba otro buen lanzamiento para sacar al bateador, pero no controló su nerviosismo y regaló tres bolas seguidas, para llenar la cuenta.

Ahora sí, todo o nada. Un lanzamiento decidiría el resultado del

torneo y la decisión del muchacho. Si acertaba y ganaban, perdonaría a su padre. Si lo ponchaban, el siguiente batazo podría ir contra la cabeza de quien lo convirtió en lo que hoy era, sin importar las consecuencias.

La pelota voló en dirección de Ademar. Cerró los ojos, aguardando hasta el último instante para hacer el *swing* decisivo.

Como era de esperarse, las trayectorias e intenciones se cruzaron.

© FEDERICO SCHAFFLER, 2007.



FEDERICO SCHAFFLER
(México —Nuevo Laredo, Tamaulipas, 1959—)

Fundador de la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía (AMCyF), es autor de la antología personal *Quimeras*.

En **NM** 22 publicó "Tecnofobia".

EL RENEGADO

NANIM REKACZ

Siempre ha sido así, desde que el hombre es hombre; estoy convencido de eso. Pero por conveniencia se lo oculta, nadie lo confiesa en público; disuelven la verdad bajo teorías apócrifas que permiten a la sociedad seguir existiendo sin cambios. Todos portan caretas y hacen como que no saben que las tienen puestas; simulando creer que las máscaras de los demás son rostros verídicos, obtienen a cambio esa misma falaz convicción de parte de los otros. Una gran, gran, grandísima confabulación.

Veamos las madres, por ejemplo. ¿Acaso paren y crían hijos pensando en los pequeñitos? No, doctor. Los conciben, los tienen y los crían para exhibírselos a las otras madres, para tener qué comparar. Cuando un niño nace, la gran preocupación es la ropita; que sea del color celeste o rosa, por ejemplo. ¿Acaso al bebé eso le

va o le viene? Peinados, moñitos, cochecitos, volados, chupetes... Todo eso no es para el bebé; es para las demás madres, para que lo vean y haya tema de conversación y de parangón. Que el mío es más lindo, más rosado, menos llorón, más avisado. Y eso cuando son bebés, pero el camino es largo: un extenso derrotero de comparaciones escolares, aptitudes deportivas, cualidades sociales. Ese camino no termina nunca; las madres se pasan la vida hablando de sus hijos con las otras progenitoras. Si no me cree, observe lo que sucede con las mujeres que no tienen hijos, cómo sufren. Y asegúreme que se lamentan por no tener hijos. No, doctor; sufren porque no tienen de qué hablar con esas otras malditas paridoras de tema de conversación.

¿Y los artistas? No hay prueba alguna de que los artistas, sean de

la rama que sean, pintores, escritores, músicos, actores, cineastas, fotógrafos, hagan sus obras para el famoso “público”. El público no existe; es una abstracción. A ninguno de ellos les importa un pepino el público, salvo para que paguen entradas o compren sus obras. Lo que ellos quieren es que los vean, escuchen y aprecien sus pares. Y los críticos, porque a los críticos los leen sus pares. Sus pares y aquellos que podrían contratarlos o promocionarlos, con lo cual podrían competir mejor con sus pares. ¿Se entiende? La única valiosa valoración que buscan los artistas es la de otros artistas. Se visten de lujo para caminar por alfombras rojas pensando, ¿en qué?, en qué ropa se pondrán los otros artistas. Cuando un pintor toma sus pinceles y sus colores piensa en qué dirían los fallecidos pintores, los actuales pintores, los pintores del futuro. Contrasta su estilo, la paleta de colores, el empleo de sombras y de luces, la originalidad o la similitud. Ése es su motor; no esa multitud amorfa e innominada que vaga por galerías y museos, esos incultos que al llegar el sábado no saben qué hacer y buscan en las carteleras alguna exposición donde ir a vagar con alguien, haciéndose los que les gusta el arte.

Lo mismo vale para los músicos y cantantes. Si pretenden vender muchos discos no es para satisfacer a miles de fanáticos. Es para poder verse en el *ranking*, contraponiéndose a los otros; para poder decir “tengo más discos de oro que vos”, “vendí más entradas que aquél”, “mi tema se encuentra entre los mejores de

la historia”. Y si para eso deben robar letras, plagiar o —lo que es más triste— crear canciones que no coinciden con su propio gusto, no importa; no, doctor. Lo que los motiva es salir ganadores en el cotejo. Mientras tanto agradecen a los espectadores su presencia en los recitales, apoyan clubes de fanes, hacen declaraciones a los medios pretendiendo dirigirse a su querido auditorio, sabiendo perfectamente que lo que buscan es ser oídos por los otros como ellos, poder enrostrarles su fama y poder de convocatoria.

Nadie escapa a esto, es la gran fabulación social. Veamos a los políticos, esos grandes artífices de la apariencia. Nadie, nadie, nadie podrá hacerme creer que hacen proyectos para la sociedad, que tienen planes apropiados para la patria, que se preocupan por los ciudadanos, que los impulsa la abnegación y la solidaridad, que sus vidas son un acto de altruismo, postergando sus personales intereses en pos del bien común. Aunque ciertamente han abusado tanto de la falacia que es bastante difícil, hoy por hoy, conservar esas caretas; por eso muchos políticos se enojan con otros políticos. La mano es así: los políticos sólo hacen lo que hacen para los otros políticos. Son una casta pretenciosa y terriblemente competitiva, feroz. Mantenerse en la cúspide, ocupando puestos de poder, sillones presidenciales, tronos, espacios ministeriales, bancas de congresos, etcétera, etcétera, no tiene por objetivo brindar a la humanidad una devolución; no pretenden ser apreciados ni juzgados por el pueblo

Esperó el tiro del pícher, plantando bien sus pies. Asiendo bien el bate.

El universo se detuvo una fracción de segundo, mientras el lanzador hacía el movimiento. Bajo el uniforme, las moléculas de pigmento fluyeron inexplicablemente a los brazos del joven, fortaleciendo los músculos, como tantas otras veces, calculando el vuelo de la pelota según el movimiento de las micropartículas de polvo que desplazaba en el vector que unía el montículo con el *home*. Dirigido por las nanoconstructoras, el *swing* de los brazos del muchacho permitiría que el tolete cruzara la trayectoria de la pelota, para lograr otro jit seguro. El bueno. Sólo tenía que dejarse llevar, sin que ninguna de las dos partes comprendiera el porqué de la reacción.

A diferencia de otras ocasiones, Ademar dudó un momento... y recibió el primer *strike*.

Se alejó de la caja de bateo. Pidió tiempo. Acomodándose el casco y los guantes percibió descubierta, donde éstos terminaban, una minúscula parte de su piel. La vio completamente negra, en vez de su multicromática pigmentación habitual.

Se preguntó si esa extraña circunstancia no tendría que ver con el incremento de su efectividad en la caja de bateo y, al no hallar respuesta, respiró hondo, sacudió fuerte los brazos y regresó a su posición. Izó el bate sobre su hombro izquierdo, esperando el segundo lanzamiento, mientras sentía un fuerte cosquilleo en ambas extremidades superiores, el cual culminaba bajo sus guantes.

Como en todos sus últimos turnos al bate.

Efraín aprovechó la muerte de su mujer para experimentar con su hijo. Pretendía un homenaje perdurable a un recuerdo literario de su infancia, aprovechando la nanotecnología y el desarrollo de la programación fractal, que convertirían la piel en un escape para el arte inexplicable de las micromáquinas. También pretendía la notoriedad que garantizara un buen futuro para su único hijo y a él el reconocimiento científico y dinero que tantas veces lo evadieron.

Ademar confió en su padre y se dejó inyectar la colorida sustancia. En unos minutos, toda su piel se volvió tornasolada y ardió en fiebre. Dos días después, la temperatura descendió a un nivel apenas fuera del rango normal, del cual nunca descendería. El experimento fructificó y pudieron constatar, asombrados, cómo sobre su piel, con el movimiento preciso de los nanoconstructores, se urdían mil y una historias e imágenes, algunas comprensibles y otras solamente bellas, aunque fueran inexplicables.

Pero no fue mucho lo que le duró la fascinación. Al ver que el experimento no era pasajero, empezó a odiar a su padre, quien no atinaba a revertir el resultado, ofreciendo sobre el alma de su mujer, algún día, poder despigmentar la piel de su hijo.

Ademar estaba seguro de que nunca lo lograría.

Sus cavilaciones provocaron el segundo *strike*. Posiblemente estaba a un lanzamiento de que su equipo

JONRÓN

FEDERICO SCHAFFLER

El infinito número de historias que fluían bajo su piel no era algo que le interesara de momento. Tenía otras prioridades y una decisión que tomar en los siguientes minutos.

Cubría su dermis recombinada con nanoconstructores miméticos bajo el uniforme beisbolero. En ese instante no deseaba ser interrumpido por las imágenes multicolores que reflejaban realidades y fantasías. Su equipo confiaba en un “extrabase” como el jit decisivo que les diera el campeonato.

No les preocupaba que fuera un *freak*. La carrera del “gane” estaba en segunda.

Como en cada turno al bate, al llegar al plato, Ademar no odiaba a Efraín. Odiaba a la pelota blanca que pronto se dirigiría a él. Canalizar esa furia le había dado muy buenos resultados a su equipo en las últimas se-

manas y, además de haberlos colocado en las eliminatorias, había logrado nuevamente la aceptación que tanto requería a su edad.

Pero el resto del tiempo la cosa era distinta. Odiaba las enervantes imágenes que lo distraían y hacían diferentes a sus compañeros de secundaria. Odiaba a su padre que lo convirtió en una galería andante. Odió a su madre por morir antes que él. Odió a quienes regularmente no podían ver más allá del mimético lienzo que era su piel, para ahora ignorar su diferencia, gritándole enfáticos que le pegara... y fuerte.

Ademar aguardó el lanzamiento, visualizando el batazo y el vuelo de la víctima de su coraje, hacia el jardín central, segando el aire con su velocidad, alejándose lo más rápido posible de su ira. Purgando su esencia del veneno que lo destruía sin remedio.

sino por los otros políticos de sus propios partidos y de los otros. Es una carrera contrarreloj, presionada por elecciones, períodos de recambio, golpes palaciegos. Cualquier camino es válido mientras les facilite tener un micrófono en una conferencia de prensa, renglones en los periódicos, cadena nacional, viajes y reuniones. Repito lo que le dije: para compararse, ni más ni menos, con los políticos de antes, los de ahora, los que vendrán, los de otros países, los del mismo partido, los de los partidos “enemigos”. ¿La gente? Eso es una herramienta que usan, un pretexto para justificar sus acciones y su palabrerío. Votantes anónimos, vulgares ciudadanos, todos son reemplazables; piezas de descarte o conquistables del gran tablero de ajedrez de los estadistas.

Ustedes los profesionales tampoco se salvan, doctor. Los arquitectos, los ingenieros, los abogados, los profesores, los médicos; todos están cortados por la misma matriz comparativa y competitiva. Que yo hice una torre más alta que la tuya, que yo cavé un pozo petrolero más profundo y productivo, que yo gané más casos más difíciles que fulano, que mis clases tienen más audiencia que las de mengano, que yo salvé más vidas que zutano. Nadie construye casas para sus potenciales habitantes, ni busca petróleo para satisfacer necesidades de consumo de los pobladores de la Tierra, ni busca condenas para culpables y sentencias justas para inocentes. Nadie quiere curar enfermos por los enfermos mismos. Todo es mera aparición en revistas temáticas, exhibición en congresos profe-

sionales, contraste de resultados en las reuniones entre cofrades. Ser más valorados por los clientes tiene como único fin ser más valorados por los colegas, y eso nadie me lo puede discutir. Usted, doctor, por ejemplo, no me atiende porque quiere conocerme, ayudarme a ser más feliz; ni siquiera pretende que yo me cure y no venga más. Usted me escucha y toma nota y redacta informes y piensa si mi “caso” le será útil en algún debate en la próxima conferencia; si logrará con el análisis y tratamiento algún premio que lucir en su currículum.

No se moleste; no se ponga incómodo. Sé que disgusta cuando yo despejo los velos. Por eso me mandaron a verlo a usted; a ver si me convence de que deje de decir estas cosas porque yo soy un fastidio, porque quito disfraces y exteriorizo a todos a la verdad que perturba. La gente, toda la gente, prefiere seguir viviendo y haciendo como que no sabe. Si asumieran y aceptaran la verdad se caerían los argumentos como castillos de naipes y las estructuras oxidadas y artificiales que sostienen sus miserables viditas quedarían expuestas. A nadie le gusta mostrar sus trapos sucios, sus motivaciones incestuosas. Prefieren sus subsistencias de escenario, los telones que ocultan fragilidades y las luces que iluminan sólo aspectos ostensibles. ¡Detrás de la apariencia hay tan poco...!

Yo intento superarlo, ¿sabe? Porque la conciencia me aguijonea y no me deja dormir; la sapiencia de la verdad es un grano en el trasero. Por eso vengo y le cuento, porque cuando escribía yo mismo me pre-

guntaba si lo hacía para los lectores cuyos rostros desconocía, de nombres ignorados, de ciudades que jamás visité ni visitaré, o con el objetivo de que compraran mis libros y cuantos más libros vendiera más arriba estaría en la tabla y más escritores me enviarían; o si era para que me lean otros escritores que se dijeran a sí mismos “qué buen cuento, qué lástima que no se me ocurrió a mí”, o un editor, ¿por qué no?, que pensara “qué excelente cuentista, le propondré publicar un libro, venderá mucho y lograré mejor rentabilidad que los otros editores”, o si escribía porque las historias me apretaban y si no las dejaba salir el cerebro me estallaría en mil pedazos. ¿Nunca tuvo una sensación así? No, claro que no; usted no es escritor, es psiquiatra. Lo mencionaré en un cuento, ¿quiere? Tal vez le sirva para

destacar mi “caso” en el próximo congreso; es más, si usted quiere me invita y lo acompaño. ¿Ya terminó mi sesión? No me mire con esa cara de distraído, doctor. Usted bien sabe que todo lo que dije es cierto y que los que tendrían que hacer terapia son todos esos millones de seres que me acusan de loco, sólo por continuar plácidamente sus parodias infames. Por favor, permítame tener lápiz y papel en el cuarto; déjeme escribir, por favor... Prometo no hacerme daño; ¿qué mal podría hacerme con un lapicito...? No me lo clavaré en la yugular; le juro, doctor. Necesito sacar de mi cabeza todas esas palabras que empujan, empujan, empujan; usted no sabe cómo duelen las palabras, doctor.

© NANIM REKACZ, 2009.

NANIM REKACZ

(Argentina —Carmen de Patagones, Buenos Aires, 1963—)

Neuquina por adopción, sutil escritora y fotógrafa inquieta, administra la ciberbitácora “Mujer de cuarenta y tantos” (<http://nanimr.blogspot.com>), entre muchas otras.

En **NM** publicó “Quien cree, crea” (# 17) y “La sentencia” (# 21).

tantes. Sabe de memoria cada pliegue de su piel, la forma en que sonríe a los demás invitados a la fiesta y el color de sus pezones, que se transparentan por la tela blanca.

Come lo que le queda de sus raciones. A pesar de ser el último habitante de la colonia, el alimento no le va a durar por siempre. Aquella ciudad flotante necesita muchos hombres para ser guiada y mantenida en funcionamiento. Uno solo no puede hacer mucho; sólo prolongar su agonía. Pero la idea del suicidio le parece inaceptable: si la humanidad había sobrevivido la invasión a su planeta, el viaje de escape por mares de tiempo-espacio y los primeros días de investigación para conseguir recursos fuera de la Tierra, el hecho de que el último sobreviviente de esa colonia se diera muerte a sí mismo sería una derrota peor que la sufrida frente a los invasores.

La esperanza está en encontrar las otras colonias; pedirles ayuda. Aunque hay zonas de la nave que tuvieron que ser aisladas por la contaminación biológica, aún es factible entrar por las zonas de carga principales. Sólo el 30% del navío está contaminado, pues los cadáveres fueron reunidos en algunas cubiertas; lo demás, limpio.

Ese viejo video lo mantiene sano mentalmente; le recuerda que sí es posible vivir y reír. Cuando termina, se pone de pie y los sensores de la consola activan las luces al sentir su movimiento. La ventana le devuelve su reflejo; se mira fumando en soledad. Camina hacia la puerta, que se abre de forma automática y lo deja salir, para volver a cerrarse después. En su ausencia, los radares de la nave comienzan a detectar otras colonias.

© CARLOS RANGEL SANTOS, 2012.

CARLOS RANGEL SANTOS
(México —Aguascalientes, 1987—)

Autor del libro de cuentos *La voz de los otros*, en **NM** publicó “No me temas” (# 17), “Departamento 9” (# 20) y “La estatua” (# 22).

LA FIESTA

CARLOS RANGEL SANTOS

La pantalla ilumina su rostro barbado y rugoso. Fuma, con lentitud, su último puro, exhalando con cuidado los círculos que aprendió a hacer en su juventud. La música del video es alegre, festiva. En la vieja grabación hay varias personas bebiendo y fumando como él. Otros beben mientras bailan con hermosas mujeres que visten poca ropa. La cabina está a oscuras, salvo por el monitor; la energía de la nave escasea y los generadores nucleares se hacen menos eficientes. Como único sobreviviente de una extraña plaga estelar, le ha tocado ser el guardián de los restos de la humanidad.

La grabación proviene de cuando el planeta hogar estaba intacto, a salvo de los invasores cefalópodos que acabaron en menos de un mes con los gobiernos y el reinado humano sobre sí mismo. Las pocas naciones

capaces de resistir, aunque sea un poco más, crearon los navíos colonia como el que ahora ocupa él. Recuerda que de niño había visto la zona de lanzamiento siendo rodeada por los esclavos sin alma de los conquistadores; aún parecían gente.

En la fiesta se puede ver un poco de la vida antes del éxodo. Las mujeres bien alimentadas y con traseros grandes; los hombres sonrientes y atentos a cualquier oportunidad para besar a una de ellas. Le habría gustado vivir en esa época y tener la oportunidad de conversar con esas personas, preguntarles el secreto de su felicidad y beber algo de alcohol.

Está enamorado de una mujer que siempre ve por pocos momentos en el video. Una pelirroja que viste sólo una blusa pequeña y ropa interior. Cuando ella aparece, el viejo detiene la reproducción para verla unos ins-

NUNCA ES EL FINAL

CARLOS MORALES

—Cada vez resulta más difícil distinguirlo —dijo el sacerdote.

—No tendría por qué suceder, ¿verdad? —preguntó la piloto.

—Nunca ha sucedido antes —explicó el primero—. Al menos, nunca supe de ello. Y se imagina usted, teniente, que los de mi Orden no hacemos mucho más que esto en nuestros periplos espaciales...

El ataúd plástico se alejaba decididamente ante sus ojos. Un cálculo aproximativo lo ubicaba a unos trescientos metros de la nave. Los había alcanzado en pocos minutos.

—¿Por qué se aleja? No ha sido eyectado —repitió para sí en voz alta el sacerdote.

—Eso sólo se hace en cercanías de un combate, según lo establecido —informó la piloto. Su calva cabeza giró, verificando unos números—. Es la única ocasión en que vale la

pena gastar algo de energía para alejar un bulto que dé falsos positivos en el radar.

—Sí, lo comprendo —concedió el hombre.

—Lo lógico es que el ataúd venga a la rastra, si estamos en órbita. Tendríamos que atraerlo con nuestra masa. Pero éste se escapa. Déjeme ver...

Activó la cámara lateral al alcance mínimo y la enfocó con cierto esfuerzo en el bulto.

—Vea esto, los contornos se ven borrosos. Tal vez esté más lejos de lo que pensamos. Bueno, también puede ser que la óptica esté algo sucia...

—Es una locura. ¿Será porque es de plástico? Hasta hace poco eran de metal...

—No, se trata de la masa; no del material de que esté hecho. Aunque no es magnético, sería... debería

ser atraído inevitablemente por la masa de la nave.

—Entonces, ¿cómo lo explica? Ni que estuviera vivo...

La insensatez de su comentario lo golpeó y demudó. A veces el constante contacto con la muerte nos endurece en demasía, se dijo, iniciando mentalmente unas oraciones en disculpa.

—Tengo una idea —dijo la piloto, conectando el radio—. Comunicaciones, deme con Servicio.

—Sí, mi teniente —respondió una voz metálica.

—Servicio. —La nueva voz era más grave.

—Servicio, aquí la teniente Martens. Tenemos... Aquí con el sacerdote tenemos la impresión de que el ataúd del alférez Hopkins se está apartando de la nave por sus propios medios. ¿Es eso posible?

—¿Por sus propios medios, dice?

—Bueno, eso parece...

Un momento de silencio, luego conversaciones apagadas, poco distinguibles de la estática.

—Comprendo a qué se refiere, teniente. Son los nuevos ataúdes, simplemente. Tienen una válvula de escape en la base.

—¿Válvula de escape? ¿Un motor?

—No, es el gas del cuerpo en el interior. Ya sabe que los cuerpos expuestos al vacío se inflan y gasifican con rapidez, a veces reventando. Los antiguos ataúdes de chapa eran herméticos, pero con el tiempo las pérdidas los hacían reventar. En éstos se aprovecha la gasificación para apartarlos de la nave. Y los cuerpos se hinchan pero ya no revientan.

—Entiendo... Gracias, Servicio.

—El propio alférez es el que se impulsa al infinito, como puede ver.

—La ironía en la voz superaba a la estática—. El Comando nos aprovecha hasta el final.

—Fuera, Servicio —dijo la teniente, y cortó con un movimiento brusco.

Se giró para mirar al sacerdote, que rumiaba con los ojos cerrados.

—¿Se le ocurre lo mismo que a mí, Padre? —dijo la muchacha.

El hombre abrió los ojos, pero no la miró. Posó sus ojos en la borrosa mancha del ataúd, con su mortaja de gases humanos.

—La muerte no es el final, si es que a eso se refiere.

© CARLOS MORALES, 2010.

CARLOS MORALES

(Argentina —Merlo, Buenos Aires, 1961—)

Impulsor de la CF dura latinoamericana, en **NM** publicó "El huésped" (# 5), "Contacto material" (# 13), "El honor que se merece" (# 18) y "Buenas noches, amor" (# 22).

parte del cuerpo. No hubo tiempo para que los hombres abordaran otro bote; el crucero se hundió con rapidez.

El bote de las mujeres no tuvo mejor suerte; tras alejarse del crucero, quedaron a la deriva en medio del mar. Bajo la lluvia, enseguida las atacó la hipotermia. A Pilar le dio sueño. Vio que se acercaban otros botes, los que estaban tripulados por esos

horribles corsarios que la acosaban desde el día anterior; tuvo la certeza de que venían por ella. A su lado, oyó una voz que le decía: "No te duermas, quedate conmigo". Pero ella, exhausta y cansada de luchar, se entregó a dormir, con ese sueño con el que acaba el soñar.

© LUCIANO S. DOTI, 2012.

LUCIANO S. DOTI
(Argentina —Buenos Aires, 1977—)

Autor de obras narrativas y poesías, residente en Lomas del Mirador (provincia de Buenos Aires), desde 2003 publica en antologías colectivas de sellos editores como De los Cuatro Vientos, Dunken, Ediciones Irreverentes, Latin Heritage Foundation y Literando's, así como en revistas digitales y ciberbitácoras, entre las que se destacan **miNatura**, **Gaceta Virtual** y **Heliconia**. Obtuvo los premios Kapasulino a la Inspiración (2009) y Sexto Continente de Relato Erótico (2011). Administra la ciberbitácora "Letras de horror" (<http://letrasdehorror.blogspot.com/>).



barco de vela, tripulado por delez-nables corsarios; oía el ruido del oleaje agitado golpear contra el caparazón de la nave, el crujido del mástil que, quebrado, caía abajo, obligando a los marineros a rescatarlo. Luego la nave se partía y el capitán ordenaba la evacuación. “No me esperen”, decía. Entonces los botes se llenaban. Eran ésos los botes que había visto desde la cubierta, mientras observaban la puesta del sol. “Así que estoy soñando”, se dijo a sí misma, y abrió los ojos trabajosamente. Ahora sí estaba despierta. La música había cesado, lo cual hacía audible el oleaje. Se asomó por el ojo de buey y constató que la tormenta que se intuía un rato antes ya era realidad. El mar estaba tan revuelto como en su sueño. Un relámpago iluminó las aguas e hizo visibles los botes; estaban allí, frente a ella.

Gonzalo se despertó también, como consecuencia de los movimientos que hiciera Pilar para asomarse por el ojo de buey.

—¿Qué mirás? —le preguntó él.

—Vení, asomate —sugirió ella.

Gonzalo obedeció, y se asomó.

—¿Ves algo?

—Sí, el mar está revuelto, y llueve torrencialmente.

—¿No ves ninguna embarcación junto a nosotros?

—No. ¿Vos sí?

—Me pareció que sí.

—Puede tratarse de un buque pesquero que ande cerca.

—Eran botes.

—¿Botes? ¿Estás segura?

—Totalmente segura no, pero me pareció ver botes.

—Si lo que decís es cierto, un barco debe haber naufragado y las personas que iban en él se lanzaron al mar con los botes salvavidas. Hay que avisar al capitán, o a quien esté a cargo.

Ni bien terminó Gonzalo de decir eso, el barco viró violentamente hacia un costado; tanto que Pilar, que estaba arrodillada sobre el colchón para mirar por el ojo de buey, casi se cae de la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—No sé —dijo Gonzalo—. Pero voy a averiguar, y de paso aviso de lo que viste, por si hay náufragos cerca.

Gonzalo tomó el pasillo que conducía a la cabina de mando. Lo estaba recorriendo cuando una nueva sacudida de la nave lo impulsó contra la pared y se golpeó la cabeza, cayendo al piso. Aún aturdido, pero sin perder el conocimiento, arguyó que habían colisionado contra algo, ya que el cimbronazo que experimentó se le antojó más fuerte que el anterior. ¿Habrían chocado acaso con el buque pesquero abandonado por los náufragos? No tuvo mucho tiempo de pensar en ello. Enseguida la nave comenzó a inclinarse hacia delante y un tripulante ingresó al pasillo golpeando las puertas de los camarotes al grito de: “Salgan. Hemos chocado con un iceberg. Debemos evacuar”.

Rápidamente abordaron los botes salvavidas. Primero las mujeres; niños no había. Pese al desorden y a la conmoción imperantes, se impuso esa regla caballeresca. Ésa fue la última vez que Gonzalo y Pilar se miraron a los ojos, o a cualquier otra

TODOS IGUALES

FABIO FERRERAS

Bombones. Chocolates. Caramelos. Dulces y envoltorios por todas partes, en todos los colores y sabores imaginables, abajo y arriba de la cama, en el escritorio, en los estantes y rincones, sobre la alfombra. Por todas partes.

Daniel quedó empachado con sólo mirar el cuarto, pero de alguna manera se las arregló para que su sonrisa no flaqueara. Y en cuanto notó que había empezado a fruncir el ceño se pasó la mano por el cabello, aparentando acomodarse un mechón. Se volvió y asintió exageradamente, esperando que Amanda no hubiese advertido su breve desconcierto; ella estaba justo detrás, a la distancia de un suspiro... un suspiro con olor a chocolate.

—¡Perfecto! —exclamó Daniel. Su voz se desplazó lentamente, como si el aire tuviera la consistencia de la miel—. Ni música, ni televisión, ni

internet. ¡Más tranquilos no podríamos estar!

Amanda también sonrió, y el gesto fue un tembladeral que se inició en las comisuras de su boca y se extendió hasta las sienes, un verdadero terremoto de carne que ocultó los ojillos de la chica entre pliegues de piel húmeda y rosada. Amanda era gorda, muy gorda, pero a Daniel esa gordura no le molestaba porque estaba enamorado. Allí donde los demás veían un tembladeral y un terremoto, Daniel sólo encontraba armonía y placidez. Y belleza. Quizá haya vacilado al presenciar tal despliegue de golosinas, pero no había sido más que eso, un titubeo, un segundo de debilidad que ya había dejado atrás. No era que le gustaran las gordas (o al menos no lo sabía del todo: nunca se había acostado con ninguna), pero la cuestión era que se volvía loco con sólo

imaginarse sumergiendo las manos en esa alucinante mole flexible... sepultando los dedos entre ondulaciones de carne blanda, amorfa y maleable como la masa...

Volvió a pasarse la mano por el cabello para serenarse y entró en la habitación. Por detrás del tendal de golosinas desparramadas se asomaban muebles pequeños y atestados, incongruentes con la majestuosidad del resto de la casa. La ventana estaba abierta y el viento proveniente del patio movía las cortinas, pero él seguía sintiéndose un poco sofocado. Sabía que el calor surgía de su cuerpo y no del exterior, así que trató de ignorarlo. Señaló la única silla, la del escritorio.

—¿Puedo?

—Claro, ricura —dijo Amanda, frunciendo los labios y pasándose el chicle de uno a otro rincón de la boca. El movimiento de la mandíbula hizo vibrar su enorme papada—. Ponete cómodo mientras voy a buscar las carpetas.

Daniel levantó la caja de alfajores que había sobre la silla.

—¿Dónde dejo esto?

—En cualquier lado, no importa. Total, en un ratito los comemos.

Mientras tomaba asiento, Daniel advirtió que Amanda se había ruborizado. Para ella, la perspectiva de compartir alfajores con un hombre debía ser una experiencia muy sensual, cercana al erotismo. Dejó la caja sobre un plato con restos de dulce de leche, tratando de no pegotearse los dedos.

—¿Qué te traigo para tomar? —preguntó Amanda—. ¿Café, gaseosa...?

—Lo que vos quieras.

—Jugo de tomate, entonces —dijo Amanda, guiñando un ojo—. Natural, recién preparado. Enseguida traigo las carpetas, la merienda, todo. Si tenés hambre podés ir picando algo. En la mesita de luz hay chocolates, en la biblioteca un sanguchito de jamón y queso. Y me parece que abajo de la almohada todavía quedan dos o tres bombones. —Volvió a ponerse colorada, sobre todo en las mejillas—. Los escondo ahí para no tentarme, pero no hay caso, siempre termino aflojando. Es que las noches son tan largas...

Amanda se acomodó de costado para pasar mejor por la puerta y desapareció.

Daniel quedó un momento sin moverse. Escuchó las pisadas lentas (pero pesadas y enérgicas) mientras bajaban por la escalera. Cuando le pareció que la chica había llegado al piso inferior, se puso de pie y empezó a rondar por el cuarto.

—Que la parió —dijo, estudiando el despliegue de golosinas. Llevaba medio alfajor pegado en los fondillos del pantalón, pero no se había dado cuenta.

Estaba enamorado. De eso sí se había dado cuenta. Tenía una calentura tremenda con Amanda, y no le importaba lo que pudieran pensar los demás. Para abordarla había utilizado el pretexto del examen de anatomía, que sería en una semana. “¡Hola, Amanda!”, la había saludado, plenamente consciente de las risitas y susurros que sonaban a sus espaldas, en el pasillo de la facultad. “No tuve tiempo para estudiar y estoy

—Nada —respondió ella sobresaltada, aunque había visto algo que no se animó a comentar con él.

Lo que Pilar vio fueron unos botes de madera flotando sobre las aguas circundantes a la nave, los cuales desaparecieron en el momento en que Gonzalo le habló.

—Mejor entremos; está haciendo mucho frío y tenemos que comer algo —sugirió ella.

Durante la cena, Pilar estuvo con expresión ausente, pensativa.

—Pilar, ¿te sentís bien? —le preguntó él.

—Sí, sólo un poco exhausta —mintió ella.

—¿Querés que nos retiremos al camarote?

—No, gracias; aquí sentada estoy bien.

La orquesta interpretaba temas clásicos de Frank Sinatra y The Platters; todo el salón evocaba una onda retro bien años cincuenta. Los músicos no eran poseedores de gran virtuosismo, pero cumplían el rol de animar la velada con oficio.

—Disculpame un momento —dijo ella, y se levantó de la mesa rumbo al baño.

Ya en el baño, ingresó a uno de los reservados, hizo lo suyo y después fue hacia la zona de lavatorios. Cuando se miró al espejo, vio algo que volvió a sobresaltarla. Detrás de ella se asomaba la imagen de un hombre espantoso, de cabello y barba hirsutos, una cicatriz sobre el pómulo izquierdo y un garfio en reemplazo de su mano derecha. La vestimenta que lucía era, además de andrajosa, totalmente antigua, como esa clase de

prendas que pertenecieron a antepasados y que algunas familias guardan en algún baúl herrumbroso que nunca se abre. Corrió desesperada hacia la puerta y desde allí miró sobre su hombro para ver qué hacía tal facineroso personaje, pero el sujeto había desaparecido, evaporado al igual que los botes repletos de hombres que había visto flotando cerca del crucero. Respiró profundo y volvió a la mesa, más perturbada que antes, con los nervios desechos.

—¿Qué te pasa? —la indagó nuevamente Gonzalo.

—Nada, pero creo que va a ser mejor que nos retiremos; fue un largo día.

Por el ojo de buey del camarote podían ver el mar y el cielo, que ya no estaba estrellado, sino que unas nubes tormentosas lo opacaban. Gonzalo notó un dejo de preocupación en el semblante de Pilar.

—No te preocupes, la tripulación sabe bien lo que hace; deben estar curtidos en este tipo de eventualidades.

—Espero que sí —dijo ella, como expresión de deseos.

Desde el salón aún les llegaba la música ejecutada por la orquesta, en forma de suave melodía. Pilar se durmió y lo propio hizo Gonzalo. Ella soñó con esas imágenes que (¿fruto de su imaginación?) habían invadido su mente desde el atardecer. Una a una iban pasando como diapositivas y lo que debía ser un descanso reparador se tornó pesadilla. Se sacudía sobre la cama presa de un trance que la poseía y no le permitía emerger de esa profundidad onírica. Veía un

a Malvinas. El viento se tornó más fuerte, con olas que superaban los siete metros, y los frágiles botes salvavidas se partieron cual cáscaras de nuez haciendo naufragar a los infortunados corsarios, que perecieron ahogados y por hipotermia.

Cuando a Pilar su amigo le propuso realizar un crucero desde Tierra del Fuego hasta Malvinas aceptó gustosa. Ella había pasado todos los veranos de su vida en la costa uruguaya; por lo tanto, la idea de visitar los mares del Sur, en el extremo más austral de su país, la puso exultante. De alguna manera, había descubierto un espíritu aventurero desconocido en ella, acostumbrada a pasear su escultural figura por la más previsible Punta del Este. Así que contó los días que faltaban para partir hacia allá como una niña a quien le prometieron un paseo dominical por un parque de diversiones, y cuando llegó la fecha señalada abordó la aeronave de cabotaje con desacostumbrada ansiedad. El viaje le pareció largo; no tanto como los que realizaba a Estados Unidos y Europa, pero sí más de lo que realmente duraba. Todo tiempo es relativo y cuando uno quiere llegar rápido a destino se vuelve extenso, al menos en nuestra percepción.

Ya en Ushuaia se dirigieron inmediatamente al puerto, desde donde partieron con dirección a las islas Malvinas, previo paso por la Isla de los Estados. Al principio, se distrajerón observando las diferentes especies de aves que revoloteaban cerca de la costa. Ésa es una característica

de los cruceros; navegan bordeando el continente, de manera de ofrecer una hermosa vista para deleite de los pasajeros. En la isla visitaron el faro, antiguo centinela de las embarcaciones que surcaban esas aguas en busca del Estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos para llegar al Pacífico, en épocas en que el canal de Panamá no era ni siquiera un proyecto y todo el que quisiera ir a la costa oeste americana contaba sólo con esa riesgosa ruta, escenario de muchos naufragios. Luego sí se alejaron de la costa para conducirse a las Malvinas. Allí, en medio del océano, no había nada para ver; sólo un desierto de agua salada y musicales viento y oleaje. Fue entonces que la travesía se convirtió en una experiencia perturbadora.

Los pasajeros contemplaron el atardecer desde la cubierta. Vieron al cielo tornarse rojizo y luego azul oscuro a una hora bastante tardía, alrededor de las diez de la noche. Una vez que se impuso el negro como color omnipresente, las parejas comenzaron a abandonar la cubierta e ingresaron al interior de la nave, en cuyo salón principal los aguardaba la cena y una orquesta. Pilar y su amigo Gonzalo fueron los últimos en retirarse de allí; ella quiso demorarse unos minutos más para disfrutar el maravilloso espectáculo de la naturaleza y él le dio el gusto. El silbido del viento se volvió más potente, o al menos más perceptible, debido a la soledad imperante, y ella quedó paralizada, observando algo en el mar.

—¿Qué ves? —le preguntó Gonzalo.

bastante atrasado. ¿No podría ir a tu casa una tardecita de éstas? Así me das una mano. ¿Qué te parece?”. Ella había accedido casi de inmediato (aunque tras mirar de reojo para uno y otro lado, como si temiera estar siendo víctima de una broma cruel). Acordaron que Daniel la visitaría la tarde siguiente, y allí estaba ahora, midiendo con sus pasos el cuarto atestado, en tanto Amanda (“la Chancha”, como se la conocía cariñosamente) iba de acá para allá en el piso inferior, en lo que Daniel suponía debía ser la cocina, abriendo y cerrando cajones, o la puerta de la heladera, o las de la alacena, recolectando alimentos y, presumiblemente, material de estudio. Porque, después de todo, Daniel *también* había ido para estudiar. Lo de que no había estudiado para el examen era absolutamente cierto.

Quería estar con ella. Quería *revolcarse* con ella. Lo había deseado desde el primer momento que la vio, marginada en el fondo del aula; una ballena humana metida a presión en una mesita ridícula que le rodeaba el talle como un cinturón. No costaba nada advertir la forma burlona en que la gente se hacía a un lado cuando ella llegaba, dejándole más espacio del necesario. Algunos incluso torcían la boca con desagrado, como si el excesivo sobrepeso de la chica los ofendiera de manera personal. Casi nadie le hablaba. Hacía medio año que se había mudado a la ciudad y sólo en los últimos días comenzaba a mostrarse como una gran alumna; se decía que sus notas en la otra facultad habían sido inmejorables,

y Daniel no tenía ninguna duda al respecto. Era cuestión de escucharla un poco para notar cuánto sabía, y con qué pasión lo exponía. La misma pasión, supuso, con la que devoraba aquellas montañas de golosinas.

Daniel se paró frente a la biblioteca y leyó algunos títulos al azar: *Moby Dick*, *Las uvas de la ira*, *Gargantúa y Pantagruel*... Una colección compuesta por grandes clásicos literarios. Eran clásicos *gruesos*, por así decirlo, casi acordes con el tamaño de la mujer que los había leído, pero no había ni manuales de cocina ni libros de autoayuda ni dietas para adelgazar. Nada tan obvio ni grotesco como eso. Y tampoco los había esperado. “Tené cuidado, Dani”, le había dicho Miguel, el único que se había atrevido a bromear con respecto a ese tema. “Andá después de la merienda; no sea cosa que la encuentres con hambre y te morfe una gamba”. Daniel le había echado semejante mirada de odio que Miguel dio media vuelta y escapó por el pasillo de la facultad sin pedir disculpas. Ningún otro lo imitó; uno a uno, se fueron metiendo en el aula mirándolo con desconfianza, de la misma manera que miraban a Amanda.

—A la mierda, a la mierda con todos —susurró Daniel. Encontró un chupetín asomado entre una Biblia y un diccionario. Se lo metió en el bolsillo, pensando que lo comería esa noche, en su casa. Para entonces ya sabría cómo había terminado la velada, y el chupetín tendría un sabor dulce, muy dulce. Sería como un sacramento, un símbolo que grabaría ese día para siempre en su memoria.

—¿Qué dijiste? —gritó Amanda desde abajo.

—Nada. Que cuántos libros tenés. ¿Los leíste todos?

—Sí, ricura. ¡Y andá buscando el de anatomía; en unos minutitos subo!

Más ruidos de cajones que se abren, el chirrido de los cubiertos cayendo sobre un plato de porcelana, el golpe sordo de la puerta de la heladera al cerrarse por segunda vez.

—Por Dios, ¿qué estará preparando ahí abajo? —volvió a susurrar Daniel mientras localizaba *Anatomía humana* junto a *Diario de la guerra del cerdo*. Tuvo que morderse el labio inferior para sofocar una risita histérica. No era ajeno a las bromas que corrían sobre la Chancha (el hecho de matarse de risa al escucharlas e incluso inventar algunas de ellas no tenían nada que ver con su tremendo enamoramiento), pero no diría a nadie que encontró ese título en su biblioteca. Era un chiste demasiado perfecto, y se propagaría como la pólvora si llegaba a mencionarlo. Sospechaba que ese día iba a ser grandioso, inolvidable, el mejor día de su vida, y seguir insistiendo con burlas de pésimo gusto después de una tarde de pasión sería lo mismo que traicionarla. Miró de reojo la cama tratando de imaginar si entrarían ambos; si el pobre mueble no cedería ante la posibilidad de una Amanda verdaderamente excitada, desnuda y en cuclillas, embistiendo con ardor incontrolable sobre un Daniel perdido entre sudorosos montículos de carne.

Estiró la mano hacia el estante, pero en lugar de *Anatomía humana* extrajo un volumen pequeño que apenas asomaba: un cuaderno de tapas duras que sólo decía DIARIO.

Lo abrió al azar y empezó a leer.

...difícil de perdonar. Una se entrega toda entera, de cuerpo y alma, de la cabeza a los pies, y lo único que recibe a cambio es indiferencia, desconocimiento, abandono. Los hombres son todos iguales, y mientras tanto sigo acá, sola con mí misma, en esta casa enorme y silenciosa, esperando el día que encuentre por fin...

La escritura era manuscrita, redonda, muy femenina. Daniel sonrió, pasando rápidamente algunas hojas, deteniéndose al azar para encontrar algún tramo picante, porque debía haberlo; estaba seguro de eso. Cada tanto aparecían manchas amarillentas, goterones pardos; huellas digitales perfectamente impresas que revelaban los dedos gruesos de Amanda, húmedos con el chocolate que seguramente masticaba sin cesar mientras anotaba su diario. Daniel la imaginó desnuda sobre la cama, acariciada por el aire que entraba desde la ventana abierta, acostada boca arriba con las tetas enormes desbordándose a derecha e izquierda, blancas y venosas; las rodillas como columnas alzadas hacia el techo mientras se llevaba el lápiz a la boca y con una lengua roja y vibrante humedecía la punta para seguir escribiendo, soñadora.

pulación y mantennos al tanto de cualquier cosa que acontezca.

El capitán y el corsario continuaron dentro de la cabina de mando; ya habían desistido de salir a la intemperie, toda vez que el tripulante había cumplido con creces la tarea de informarles. El viento volvió a ser el único sonido perceptible allí durante un largo rato, como emulando a un maldito violinista cuya obsesiva misión es atormentar a sus oyentes creando una atmósfera de terror. Hasta que un nuevo ruido los sacó de ese letargo en que se hallaban. La embarcación se sacudió violentamente y luego se inclinó hacia uno de sus lados. Hacía agua. Había iniciado su naufragio. El tripulante que tenía encomendado el deber de informar ingresó raudamente a la cabina, esta vez sin llamar.

—¡Chocamos con un trozo de hielo!

—¿Un iceberg?! —preguntó sorprendido el capitán.

—Sí, capitán. El agujero que nos hizo no se puede reparar; esperamos su autorización...

—Desde luego, aborden los botes. Aunque en medio de este tifón...

—Lo sé, pero al menos existe una remota chance de llegar a las Malvinas; en cambio, si nos quedamos aquí... ¿Usted se quedará?

—Vayan abordando ustedes; yo decidiré enseguida qué hacer. Pero no me esperen. Cuando estén listos, salgan sin mí, si es que aún no llegué.

La tripulación comenzó a abordar los botes con indisimulada desesperación. En eso no hay diferencias; los hombres de mar, curtidos en mil

y una batallas, temen por su vida tanto como un burgués de ciudad. Los grandes botes se llenaron enseguida. Flotaban junto a la embarcación que ya estaba más hundida que emergida.

—Debemos soltar amarras; de lo contrario el barco nos arrastrará al fondo con él —sugirió uno.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó otro.

—En la cabina de mando. Dijo que no lo esperemos, que nos vayamos sin él.

Así, el último bote se alejó del barco y rumbeó hacia las Malvinas. Las olas alcanzaban los cinco metros, elevando los botes en un sube y baja incesante. Pero remar era en vano, y es un decir eso de que rumbeó, ya que el viento y la correntada hacían lo que querían con los botes. Con todo, procuraban poner la mayor distancia posible entre ellos y el barco, para que la hoya que se iba formando a medida que a éste se lo tragaba el océano no los deglutiera a ellos. Una vez que ya habían puesto bastante agua de por medio, el barco era como un pequeño objeto en el horizonte. Lo vieron hundirse; el capitán se fue con él al fondo del océano. Allí terminó la vida de un bravo pirata, cuya alma posiblemente estuviera destinada a un prolongado purgatorio, si no al mismo infierno. Pero, no obstante, obedeciendo un viejo código de mar, había optado por quedarse a enfrentar la penosa realidad antes que por salvar su pellejo de manera poco honorable. No fue para nada mejor la suerte del resto de la tripulación. Nunca llegaron

Sólo había que esperar a que amainara la tormenta. Bajo otras circunstancias hubiera sonado como un mero contratiempo, pero allí, en medio de ese océano, con el viento agitando la nave como si fuese una cáscara de nuez, sortear tamaño percance meteorológico se asemejaba más a una proeza. Con todo, aguardar, dejar pasar el tiempo sin hacer nada fue la pasiva actitud que adoptaron. Cada minuto pareció como una hora en su percepción. Aunque también es en esos duros trances cuando los hombres toman conciencia de su propia existencia; de que cada instante en la vida es un milagro, porque al siguiente quizá acabe la vida misma. Además, el capitán, que ya cargaba otras tormentas en su haber, había aprendido a contar el tiempo de manera regresiva; en lugar de sumar cada minuto como uno más de crisis, lo restaba como uno menos de ella. Cualquiera que fuera la duración del temporal, cada segmento de tiempo transcurrido, por ínfimo que ése fuera, significaba estar más cerca de su finalización. Todos esos pensamientos existenciales, desacomtumbrados en esa clase de hombres rudos, eran acompañados por una sibilante música que producía el viento, la cual se asemejaba a las melodías orientales que el capitán recordaba de sus viajes a Hong Kong. Pero la melodía fue interrumpida por un crujiente ruido.

—Se ha partido la nave —dijo el corsario, con un dejo de resignación en el tono.

—No nos apresuremos a sacar conclusiones; salgamos a ver primero.

—Si salimos, el viento nos arrastrará a nosotros.

—Y si no lo hacemos y se está hundiendo la nave, pereceremos con ella.

Ahora lo que se oía era que alguien llamaba en la puerta de la cabina. Era uno de los miembros de la tripulación. Lo hicieron pasar rápidamente. En el instante en que la puerta estuvo abierta, entró una racha de aire helado con una potencia que hizo temblar todo lo que allí dentro se encontraba. Las cartas de navegación quedaron revueltas sobre la mesa y el piso. El tripulante hizo un amago para recogerlas. El capitán lo detuvo.

—Está bien; no es necesario. Dinos qué sucede.

—Se ha quebrado el mástil. El tripulante que estaba en el carajo cayó al mar; lo hemos perdido.

—Y el mástil, ¿quedó en cubierta?

—Sí, capitán; en realidad cayó con el extremo superior afuera, pero nosotros lo sujetamos por la parte quebrada y lo arrastramos hacia dentro. Ahora está sobre la cubierta. Será difícil repararlo, pero no imposible.

—Se necesitará mucho tiempo para ello —acotó el capitán.

—Me temo que sí; unas cuantas horas —confirmó el tripulante.

El corsario junto al capitán intervino.

—Eso significa que no podremos dirigirnos hacia las Malvinas ni bien termine el tifón.

—No, deberemos esperar a reparar el mástil; de lo contrario no tendremos velas —afirmó el capitán, y luego le dio instrucciones al tripulante—. Regresa con el resto de la tri-

12 de junio

Terminó defraudándome. Siempre lo hacen. Al principio era pura amabilidad y delicadeza. Cada vez que me hablaba lo hacía dirigiéndose directamente a mis ojos, deteniéndose de vez en cuando, como al pasar, en las comisuras de mi boca. No hablaba de mi gordura ni de nuestras diferencias. Me hablaba de amistad, de amor verdadero, de la posibilidad de encontrarlo juntos. Me hablaba de...

—¿Qué pasa allá arriba, tan silencioso?

Daniel respingó. Estuvo a punto de devolver el Diario a su lugar pero la voz había sonado lejos, desde la cocina. Y la curiosidad era grande. Quería seguir leyendo un poquito más.

—¡Estoy comiendo un alfajor!

—respondió, con un pulgar metido en la boca para simular la boca llena—. ¡Está buenísimo!

—Entonces dejó lugar para la torta. La terminé de cortar y subo.

Volvió a pasar las hojas, con nuevas manchas pardas que se sucedían con más frecuencia, sobre todo al final, hasta llegar a:

19 de setiembre

¡Estoy tan ansiosa! A dos días de la primavera. Anoche soñé que él finalmente llegaba a casa. Cuando me pidió venir acepté encantada, porque pude captar un interés auténtico en el fondo de su mirada, una fascinación por mi cuerpo de la que quizá

ni siquiera era consciente. ¡Se lo veía tan lindo, tan flaquito! Estaba hecho un manojo de nervios y no dejaba de mirar a un lado y otro de la calle antes de entrar, como si temiera ser descubierto por algún conocido y estuviese haciendo algo indebido. ¡Tan lindo y tan inocente! ¡Ni se imagina las fantasías que pretendo satisfacer con él! ¡Y la tarde que vamos a pasar! En este Diario no he dejado de repetir que los hombres son todos iguales, pero en el fondo de mi corazón sé que él es distinto, que no vino a casa para buscar información y burlarse de mí. Sé que no me visitó para enterarse de cómo vive la Chancha y poder así completar su venganza junto a sus amigos, mientras mis esperanzas de encontrar al único hombre diferente se derrumban de nuevo como un castillo de naipes. Sé que él es distinto y lo voy a poner a prueba como hice con los anteriores, primero dejando este Diario bien a la vista, al alcance de su mano, y después...

Daniel cerró el cuaderno de golpe. Se le había erizado el vello de la nuca. Las pelotas le buscaron una vía de acceso al cuerpo. Hoy era 19 de setiembre. No había ninguna duda al respecto. Así que Amanda sólo podía estar hablando de él. Se incorporó despacio, con un sonoro crujido de rodillas, cuando cayó en la cuenta de que las manchas de chocolate quizá no lo fueran, después de todo, porque la sangre al secarse podía

dejar marcas muy parecidas a las que aparecían desperdigadas por todo el Diario.

—Lo sabía. ¡Qué segura que estaba!

Apenas tuvo tiempo de darse vuelta antes de ver la silueta de Amanda justo tras él. Estaba desnuda y, ¡oh, sorpresa!, los pechos gigantes cos caían de la forma exacta en que los había imaginado un minuto antes. Los pezones eran dos protuberancias rollizas que no se diferenciaban en nada de un buen par de hamburguesas demasiado cocidas. El vientre, abultado y cruzado de estrías profundas como acequias, se desbordaba en montones flácidos, ocultando piadosamente su sexo. Con el verdadero aspecto de las piernas y el torso no había acertado, porque habían resultado ser mucho más blancas y carnosas de lo que jamás habría podido especular; una monstruosidad pulposa y succulenta que incluso entonces, a un segundo de morir,

sumió a Daniel en la más absoluta de las lujurias.

Amanda dejó caer el tenedor sobre su cuello con toda la fuerza de sus ciento sesenta kilos de peso. O más.

—Todos iguales —dijo la Chancha, estudiándose las manos manchadas de sangre—. Todos iguales; les das un poco de confianza y ellos se la toman toda.

Después de devolver el Diario a su lugar empezó a lamerse los dedos, uno por uno, saboreándolos como morcillas tibias. Permaneció un segundo pensativa, degustando el manjar.

—Bueno, no siempre tan iguales. Éste, definitivamente, es más dulce.

Hundió el índice en el cuello sangrante de Daniel, como quien escarba el fondo de un pote de dulce de leche, y se lo llevó a la boca.

© FABIO FERRERAS, 2012.

FABIO FERRERAS

(Argentina —Bahía Blanca, Buenos Aires, 1972—)

Ingeniero industrial, en **NM** publicó “Desplazamiento” (# 4) y, en colaboración con GRACIELA LORENZO TILLARD, “Contrato agónico” (# 10) y “Segundo subsuelo” (# 13).

EN EL MAR DE LAS ÁNIMAS

LUCIANO S. DOTI

La embarcación se mecía acompasadamente sobre las heladas aguas del Atlántico sur. El viento sacudía el mástil sin piedad. En el carajo, allá en lo alto, había quedado uno de los hombres con la misión de avisar ni bien divisara tierra. En cualquier momento podía precipitarse, pero bajar en esas condiciones era peor; mejor que aguantara acurrucado en el pequeño contenedor de madera. Las velas habían sido arriadas; por consiguiente, la nave se hallaba a la deriva. El capitán, en la cabina de mando, escrutaba una y otra vez las cartas de navegación junto a otro corsario.

—No llegaremos al estrecho de Magallanes —dijo el viejo lobo de mar, pensando es voz alta. Luego continuó: —Como están las cosas, nos convendría buscar refugio en estas islas más cercanas.

El corsario echó un vistazo al mapa y notó que el capitán señalaba a las islas Malvinas; entonces una incipiente sensación esperanzadora se apoderó de él: lo que el capitán había hallado era una posibilidad de sobrevivir. Pero enseguida esa esperanza se disipó en la mente del corsario.

—Primero deberíamos esperar que pase el tifón, para poder desplegar las velas; sin ellas jamás llegaríamos a destino. Y además...

—¿Además qué? —preguntó el capitán, perdiendo la paciencia.

—Allí en el mapa dice que las islas se encuentran bajo administración del Almirantazgo real. Si se enteran de que somos piratas...

—Podremos manejar eso; de todas maneras las islas no tienen una gran población: ellos no querrán enfrentarse a nosotros, ni nosotros a ellos.